

PENSAR CLASIFICAR



**GEORGES
PEREC**

gedisa

PENSAR / CLASIFICAR

por

Georges Perec

2783

moye - pulso 470

025.3

P37P

gedisa

Título del original en francés:

Penser / Classer

© by Hachette, París, 1985

Traducción: Carlos Gardini

Diseño de cubierta: Alfredo Landman

Primera edición, octubre de 1986, Barcelona, España

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa S.A.

Muntaner 460, entlo. 1a.

Tel. 201 60 00

08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-255-3

Depósito legal: B. 37.920 - 1986

Impreso en España

Printed in Spain

Impreso en: Romanyà/Valls, S. A.

Verdaguer, 1 Capellades (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

INDICE

Nota preliminar	9
I. Notas sobre lo que busco	11
II. De algunos empleos del verbo "vivir"	14
III. Notas sobre los objetos que ocupan mi mesa de trabajo	17
IV. Tres aposentos reencontrados	22
I. Blévy: el pequeño aposento del primer piso	22
II. Nivillers	23
III. Enghien	24
V. Notas breves sobre el arte y el modo de ordenar libros	26
1. Del espacio	28
1.1. Generalidades	28
1.2. Cuartos donde se pueden guardar libros	29
1.3. Sitios donde se pueden poner libros	30
1.4. Cosas que no son libros y que se encuentran a menudo en las bibliotecas	30
2. Del orden	31
2.1. Modos de ordenar los libros	31
2.2. Libros muy fáciles de ordenar	33
2.3. Libros no muy difíciles de ordenar	33
2.4. Libros casi imposibles de ordenar	33
VI. Doce miradas oblicuas	35
1. El fabricante de ropa de confección	35
2. El marroquino	36
3. Los "must"	37
4. Paréntesis en forma de anécdota	37
5. Citas	38
6. Preguntas, 1	39
7. Y sin embargo	39
8. Preguntas, 2	40
9. Alternativas	41
10. O mejor:	43
11. Las "Notas de cabecera"	43
12. O bi	44
VII. Los lugares de un ardid	46
VIII. Me acuerdo de Malet & Isaac	55
Títulos	56
Apartados	57

Bastardilla	58
Imagen y leyenda	60
Letras en negrita	60
IX. 81 recetas de cocina para principiantes	66
X. Leer: bosquejo sociofisiológico	80
I. El cuerpo	82
Los ojos	82
La voz, los labios	84
Las manos	85
Posturas	86
II. El entorno	87
Lapsos	89
El cuerpo	90
El espacio social	91
Transportes	91
Viajes	92
Varios	92
XI. De cuán difícil es imaginar una ciudad ideal	94
XII. Consideraciones sobre las gafas	96
XIII. “Pensar / Clasificar”	108
D) Sumario	108
A) Métodos	108
N) Preguntas	109
S) Ejercicios de vocabulario	110
U) El mundo como rompecabezas	110
R) Utopías	111
E) Veinte mil leguas de viaje submarino	111
L) Razón y pensamiento	111
I) Los esquimales	112
G) La Exposición Universal	112
T) El alfabeto	114
C) Las clasificaciones	115
O) Las jerarquías	116
P) Cómo clasifico	116
F) Borges y los chinos	117
H) Sei Shônagon	118
V) Las inefables alegrías de la enumeración	119
M) El libro de los récords	120
X) Bajeza e inferioridad	121
Q) El diccionario	121
B) Jean Tardieu	122
J) Cómo pienso	123
K) Aforismos	124
W) “En una red de líneas entrecruzadas”	125
Y) Varios	126
Z) ?	126
Referencias bibliográficas	127

Nota preliminar

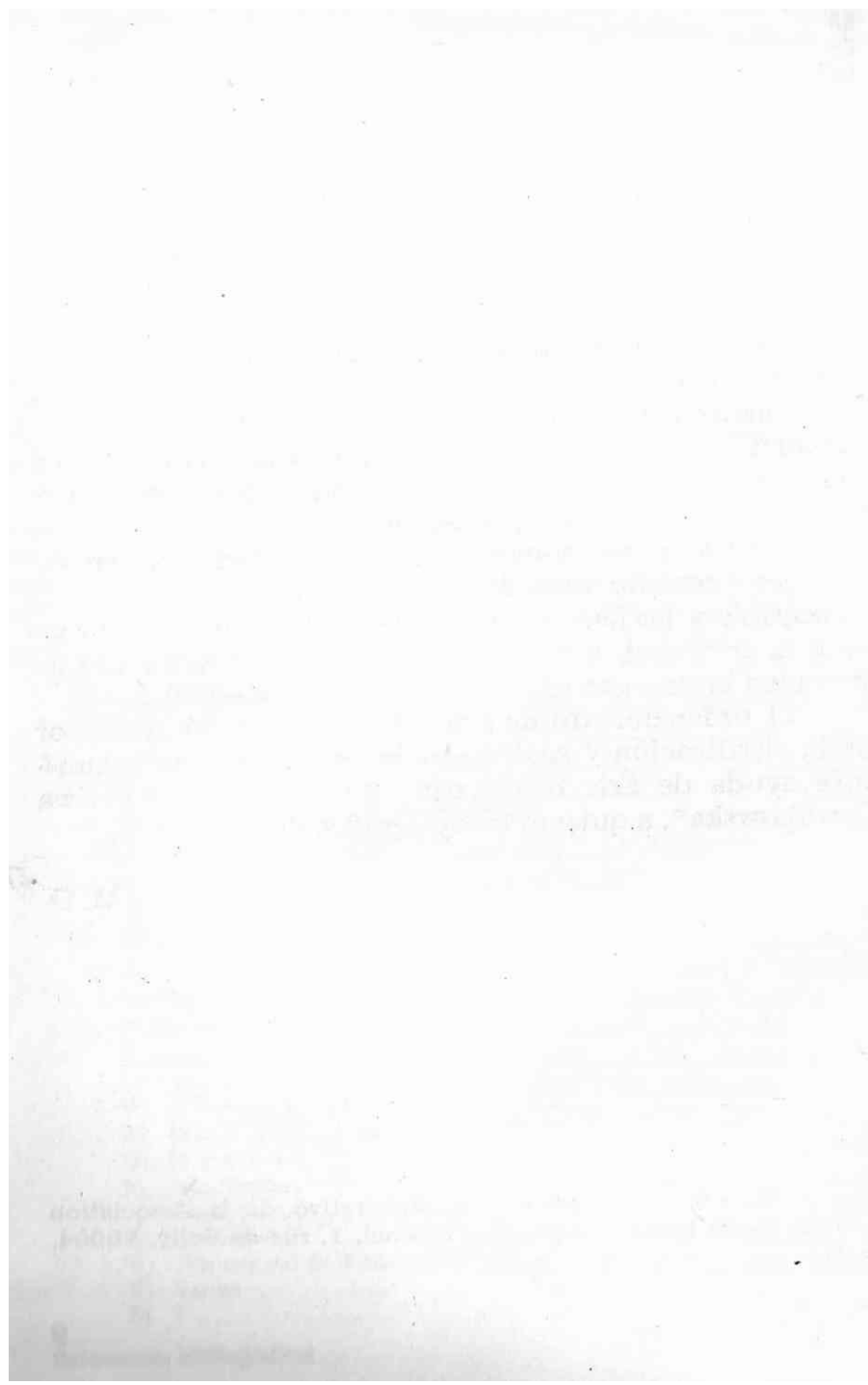
He aquí una compilación de textos que Georges Perec publicó en diversos diarios y revistas entre 1976 y 1982. Perec había elegido el título que da nombre al conjunto, *Pensar/Clasificar*, para un texto que aquí figura al final del volumen y fue el último escrito suyo que él vio aparecer, pocas semanas antes de su muerte.

Clasificando el mundo para comprenderlo a su modo, Georges Perec no cesó de trastocar las convenciones de lo sensible y las jerarquías establecidas. Su mirada confiere a la trivialidad, a los seres y a las cosas cotidianas una densidad inesperada que nos turba y nos maravilla.

El ordenamiento de este libro, concebido alrededor de la clasificación y sus exigencias, se realizó con la amistosa ayuda de Éric Beaumatin, Marcel Benabou y Ewa Pawlikowska*, a quienes estoy agradecido.

M. O.

* Miembros del consejo administrativo de la Association Georges Perec (Bibliothèque de l'Arsenal, 1, rue de Sully, 75004, París).



I

Notas sobre lo que busco

Cuando trato de definir lo que intento hacer desde que comencé a escribir, la primera idea que me acude a la mente es que jamás escribí dos libros semejantes, jamás tuve deseos de repetir en un libro una fórmula, un sistema o una manera elaborada en un libro anterior.

Esta versatilidad sistemática ha desorientado con frecuencia a ciertos críticos, preocupados por hallar de un libro a otro la "huella" del escritor; y sin duda también ha desconcertado a algunos de mis lectores. Ella me granjeó la reputación de ser una especie de computador, una máquina de producir textos. Por mi parte, yo preferiría compararme con un campesino que cultiva diversos campos; en uno sembraría remolachas, en otro alfalfa, en un tercero maíz, etcétera. Asimismo, los libros que escribí se asocian con cuatro campos diferentes, cuatro modos de interrogación que quizá formulan, a fin de cuentas, la misma pregunta, pero la formulan según perspectivas particulares que en cada ocasión representan para mí otro tipo de labor literaria.

La primera de estas interrogaciones se puede calificar como "sociológica": cómo observar lo cotidiano; ella dio origen a textos como *Les Choses*, *Espèces d'espaces*, *Tentative de description de quelques lieux parisiens*, y al trabajo realizado con el equipo de *Cause commune* alrededor de Jean Duvignaud y Paul Virilio; la segunda es de

orden autobiográfico: *W ou le souvenir d'enfance*, *La boutique obscure*, *Je me souviens*, *Lieux ou j'ai dormi*, etcétera; la tercera, lúdica, remite a mi gusto por los constreñimientos, las proezas, las "gamas", por todos los trabajos para los cuales las investigaciones del *OuLiPo* me dieron la idea y los medios: palíndromos, lipogramas, pangramas, anagramas, isogramas, acrósticos, palabras cruzadas, etcétera; la cuarta, por último, concierne a lo novelesco, al gusto por las historias y las peripecias, al deseo de escribir libros que se devoren de bruces en la cama; *La vie mode d'emploi* es el ejemplo típico de ello.

Esta división es algo arbitraria y podría ser mucho más matizada: casi ninguno de mis libros escapa del todo a cierta marca autobiográfica (por ejemplo, suelo insertar alusiones a acontecimientos cotidianos en el capítulo que estoy escribiendo); casi ninguno, por otra parte, deja de recurrir a tal o cual constreñimiento o estructura "oulipiana", al menos a título simbólico, y sin que dicha estructura o constreñimiento me constriña en algo.

De hecho, creo que más allá de los cuatro polos que definen los cuatro horizontes de mi labor —el mundo circundante, mi propia historia, el lenguaje, la ficción—, mi ambición de escritor consistiría en recorrer toda la literatura de mis tiempos sin tener jamás la sensación de desandar camino o volver sobre mis propios pasos, y en escribir todo lo que puede escribir un hombre de hoy: libros gruesos y libros breves, novelas y poemas, dramas, libretos de ópera, novelas policiales, novelas de aventuras, novelas de ciencia ficción, folletines, libros para niños. . .

Nunca me resultó cómodo hablar de mi trabajo de manera abstracta y teórica; aunque lo que produzco parece originarse en un programa elaborado tiempo atrás, en un proyecto de larga data, creo que mi movimiento se encuentra —y se demuestra— andando: de la sucesión de mis libros nace para mí la sensación, a veces confortante, a veces perturbadora (pues siempre depende de un "libro que vendrá", de una inconclusión que designa lo indecible

hacia lo cual tiende desesperadamente el deseo de escribir), de que recorren un camino, señalizan un espacio, jalonan un itinerario vacilante, describen paso a paso las etapas de una búsqueda cuyo "porqué" no sé explicar, pues sólo conozco el "cómo": tengo la confusa sensación de que los libros que escribí se inscriben, cobran sentido en una imagen global que me hago de la literatura, pero me parece que jamás podré asir esta imagen con precisión, de que ella es para mí un más allá de la escritura, un "por qué escribo" al cual sólo puedo responder escribiendo, postergando sin cesar el instante mismo en que, al dejar de escribir, esta imagen se volvería visible, como un rompecabezas inexorablemente resuelto.

II

De algunos empleos del verbo “vivir”*

Si paso ante el edificio donde resido, puedo decir “*vivo allí*” o, con mayor precisión, “*vivo en el primer piso, al fondo del patio*”, si deseo dar un giro más administrativo a esta declaración, puedo decir “*vivo en el fondo del patio, escalera C, puerta del frente*”.

Si estoy en mi calle, puedo decir “*vivo allá, en el número 13*”, o “*vivo en el número 13*” o “*vivo en el otro extremo de la calle*” o “*vivo al lado de la pizzería*”.

Si en París alguien me pregunta dónde vivo, puedo escoger entre muchas respuestas. No podría decir: *vivo en la calle Linné*”, salvo si supiera que mi interlocutor conoce la calle Linné; con más frecuencia tendería a precisar la situación geográfica de dicha calle. Por ejemplo: “*vivo en la calle Linné, al lado de la clínica Saint-Hilaire*” (bien conocida por los taxistas) o “*vivo en la calle Linné, que está en Jussieu*” o “*vivo en la calle Linné, al lado de la Facultad de Ciencias*” o bien “*vivo en la calle Linné, al lado del Jardin des Plantes*”, o incluso “*vivo en la calle Linné, a poca distancia de la mezquita*”. En circunstancias más excepcionales, podría decir incluso “*vivo en el quinto*”, o “*vivo en el quinto distrito*”, o “*vivo en el Barrio Latino*”, e incluso “*vivo en la Rive Gauche*”.

Creo que en cualquier parte de Francia (aunque no

* En el sentido específico de “habitar”. En el original, *habiter*. [N.T.]

fuera París ni sus inmediaciones) me comprenderían si dijera "vivo en París".

También podría decir "vivo en la capital" (creo que jamás lo dije), y nada me impide imaginar que también podría decir "vivo en la Ciudad Luz" o "vivo en la ciudad que otrora se llamaba Lutecia", aunque eso se parece más al principio de una novela que a una indicación domiciliaria. En cambio, corro un gran riesgo de no ser comprendido si digo cosas como "vivo en los 48°50 de latitud norte y los 2°20 de longitud este" o "vivo a 890 kilómetros de Berlín, a 2600 de Constantinopla y a 1444 de Madrid".

Si viviera en Valbonne, podría decir "vivo en la Costa Azul" o "vivo al lado de Antibes". Pero, aunque viva en París, no puedo decir "vivo en la región parisina" ni "vivo en la cuenca parisina", ni "vivo en el departamento del Sena".

Tampoco sé en qué circunstancias sería pertinente decir "vivo en el norte del Loira".

"Vivo en Francia"; podría dar esta información en cualquier punto situado fuera del "Hexágono"* aunque yo esté, oficialmente, en Francia (por ejemplo, en un departamento de ultramar); pero sólo en broma podría decir "vivo en el Hexágono"; en cambio, si fuera un corso que vive en Niza o un habitante de la isla de Ré, que vive en La Rochelle, bien podría decir "vivo en el continente".

"Vivo en Europa": este tipo de información podría interesar a un norteamericano a quien yo encontrara, por ejemplo, en la embajada japonesa en Canberra. "Oh, you live in Europe?", repetiría él, y sin duda yo tendría que explicar: "I am here only for a few (hours, days, weeks, months)".

"Vivo en el planeta Tierra." ¿Tendré un día la oportu-

* *L'Hexagone*: Francia metropolitana (es decir, con exclusión de las colonias), así llamada por el mapa de Francia, que se puede inscribir en un hexágono. [N.T.]

tunidad de decírselo a alguien? Si tuviera un “encuentro cercano del tercer tipo” en nuestro propio mundo, el otro ya lo sabría. Y si fuera yo quien se encontrara en las inmediaciones de Arcturus o de KX1809B¹, por cierto debería precisar: *“vivo en el tercer planeta (el único habitado, por lo demás) a partir del Sol, en el sistema solar”* o *“vivo en uno de los planetas de una de las más jóvenes estrellas amarillas enanas situadas en el borde de una galaxia de mediocre importancia y arbitrariamente designada con el nombre de Vía Láctea”*. Y habría alrededor de una probabilidad sobre cien trillones (es decir, apenas 10^{20}) de que me respondieran: “Ah sí, la Tierra. . .”

III

Notas sobre los objetos que ocupan mi mesa de trabajo

Hay muchos objetos en mi mesa de trabajo. El más viejo es sin duda mi estilográfica; el más reciente es un pequeño cenicero redondo que compré la semana pasada; es de cerámica blanca y su decoración representa el monumento a los mártires de Beirut (de la guerra del 14, supongo, aún no de la que está por estallar).

Paso varias horas por día sentado a mi mesa de trabajo. A veces desearía que estuviera todo lo vacía posible. Pero con mayor frecuencia prefiero que esté atestada, casi hasta el exceso; la mesa en sí está formada por una lámina de vidrio de un metro cuarenta de longitud y setenta centímetros de ancho, apoyada en caballetes de metal. Su estabilidad dista de ser perfecta pero no es mala, aunque está cargada o aun sobrecargada: el peso de los objetos que soporta contribuye a mantenerla firme.

Ordeno a menudo mi mesa de trabajo. Ello consiste en poner todos los objetos en otra parte y en recolocarlos uno por uno. Froto la mesa de vidrio con un trapo (a veces embebido en un producto especial) y también hago lo mismo con cada objeto. El problema consiste entonces en decidir si tal objeto debe estar o no en la mesa (luego será preciso hallarle su lugar, pero ello no suele ser difícil).

Este ordenamiento de mi territorio rara vez se realiza al azar. Coincide en general con el principio o la finali-

zación de un trabajo determinado; se produce en medio de esos días flotantes en que no sé si emprenderé una tarea precisa o me limitaré a actividades de repliegue: agrupar, clasificar, ordenar.] En esos instantes sueño con un plan de trabajo virgen, íntacto: cada cosa en su lugar, nada superfluo, nada que sobresalga, todos los lápices bien afilados (pero ¿para qué tener varios lápices? ¡De una sola ojeada veo seis!), todos los papeles apilados, o, mejor aun, ningún papel, sólo un cuaderno abierto en una página en blanco (mito de las mesas impecablemente lisas de los gerentes generales: vi una que era una pequeña fortaleza de acero, atiborrada de aparatos electrónicos o que presumían de tales que aparecían y desaparecían cuando se manipulaban las teclas de un supertablero de control. . .)

Más tarde, cuando mi trabajo avanza o se atasca, mi mesa de trabajo se llena de objetos a veces reunidos sólo por el azar (secador, metro plegable), o bien de necesidades efímeras (taza de café). Algunos permanecen varios minutos, otros permanecen varios días; otros, al parecer llegados de un modo bastante contingente, se instalan de manera permanente. No se trata exclusivamente de objetos relacionados con un trabajo de escritura (papel, artículos de papelería, libros); algunos se relacionan con prácticas cotidianas (fumar) o periódicas (aspirar tabaco, dibujar, comer bombones, hacer solitarios, resolver rompecabezas), con manías tal vez supersticiosas (poner al día un pequeño calendario con botonera) o no asociadas con ninguna función en particular, sino tal vez con recuerdos, con placeres táctiles o visuales, o con el mero gusto por las chucherías (cajas, piedras, guijarros, florero).

En síntesis, podría decir que los objetos que ocupan mi mesa de trabajo están allí porque me agrada que estén allí. Ello no se relaciona con su mera función ni con mi mera negligencia; por ejemplo, el tubo de pegamento no está en mi mesa de trabajo sino al costado, en un pequeño mueble con cajones; lo guardé allí después de haberlo uti-

lizado; habría podido dejarlo en mi mesa de trabajo, pero lo guardé casi mecánicamente (digo "casi" porque, al describir lo que hay en mi mesa de trabajo, presto mucha atención a mis gestos). Así, hay objetos útiles para mi trabajo que no están, o no están siempre, en mi mesa de trabajo (pegamento, tijeras, cinta adhesiva, frascos de tinta, máquina abrochadora), otros que no son inmediatamente útiles (sello para lacrar), o son útiles para otra cosa (lima de uñas) o no son útiles en absoluto (amonita) y sin embargo están allí.

En cierto modo, estos objetos son escogidos, preferidos a otros. Es evidente, por ejemplo, que siempre habrá un cenicero en mi mesa de trabajo (excepto si dejo de fumar), pero no será siempre el mismo cenicero. En general, el mismo cenicero permanece por un tiempo bastante largo; un día, según criterios en los que quizá sería interesante profundizar, lo pongo en otra parte (junto a la mesa donde escribo a máquina, por ejemplo, o cerca de la tabla donde están mis diccionarios, o en un anaquel, o en otro cuarto) y otro cenicero lo suplanta (anulación evidente de lo que acabo de declarar: en este preciso instante, hay tres ceniceros en mi mesa de trabajo, es decir, dos de más, que por otra parte están vacíos, uno es el monumento a los mártires, de reciente adquisición; el otro, que representa un encantador panorama de los tejados de la ciudad de Ingolstadt, acaba de ser encolado; el que sirve tiene un cuerpo de material plástico negro y una tapa de metal blanco con agujeros. Al mirarlos, al describirlos, advierto además que no forman parte de mis predilecciones actuales: el monumento a los mártires es demasiado pequeño; decididamente, y sólo se puede usar después de las comidas; Ingolstadt es muy frágil; en cuanto al negro con tapa, los cigarrillos que arrojo allí no se apagan bien. . .).

Una lámpara, una cigarrera, un florero, un piróforo, una caja de cartón que contiene pequeñas fichas multicolores, un gran secante de cartón duro con incrustacio-

nes de carey, un portalápices de vidrio, varias piedras, tres cajas de madera torneada, un despertador, un calendario de botonera, un bloque de plomo, una gran caja de cigarrillos (sin cigarrillos, pero llena de objetos pequeños), una espiral de acero donde se pueden deslizar las cartas en espera, un mango de puñal de piedra tallada, registros, cuadernos, volantes, múltiples instrumentos o accesorios de escritura, una gran almohadilla, varios libros, un vaso lleno de lápices, una cajita de madera dorada (nada parece más simple que confeccionar una lista, pero es más complicado de lo que se cree: siempre olvidamos algo, estamos tentados de escribir "etcétera", pero en un inventario no se escribe "etcétera". La escritura contemporánea, con raras excepciones (Butor), ha olvidado (el arte de enumerar:) las listas de Rabelais, la enumeración de los peces, propia de Linneo, en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la enumeración de los geógrafos que exploraron Australia en *Los hijos del capitán Grant*. . .).

Hace varios años que planeo escribir la historia de algunos de los objetos que ocupan mi mesa de trabajo; escribí el principio hace tres años; al releerlo, advierto que, de los siete objetos de que hablaba, cuatro están aún en mi mesa de trabajo (pese a que en el interin me mudé); dos han sido cambiados: una almohadilla, que reemplacé por otra almohadilla (se parecen mucho, pero la segunda es más grande), y un despertador de pilas (cuyo lugar de pertenencia, ya lo notaba entonces, era la mesa de noche, donde se encuentra hoy), reemplazado por un despertador de cuerda; el tercer objeto desapareció de mi mesa de trabajo: es un cubo de plexiglás formado por ocho cubos unidos entre sí de tal modo que pueden cobrar gran cantidad de formas; me lo ofreció François el lionés; está en otro cuarto, sobre una repisa de radiador, al lado de otros rompecabezas y juegos similares (uno de ellos está en mi mesa de trabajo; es un doble *tangram*, un juego chino que consiste en dos veces siete trozos de material plástico

blanco y negro que sirven para formar un sinfín de figuras geométricas).

Antes yo no tenía mesa de trabajo, es decir, no había una mesa expresamente destinada a ese propósito. Aún hoy trabajo a menudo en un café; pero en casa es muy raro que yo trabaje (escriba) fuera de mi mesa de trabajo (por ejemplo, jamás escribo en la cama) y mi mesa de trabajo sólo sirve para mi trabajo (una vez más, al escribir estas palabras advierto que ello no es del todo exacto: dos o tres veces por año, cuando hago fiestas, mi mesa de trabajo, totalmente despojada, cubierta de servilletas de papel —como la tabla donde se apilan mis diccionarios— se convierte en buffet).

Así, una cierta historia de mis gustos (su permanencia, su evolución, sus fases) se inscribirá en este proyecto. Con mayor precisión, se tratará una vez más de un modo de delimitar mi espacio, de una aproximación algo oblicua a mi práctica cotidiana, un modo de hablar de mi trabajo, mi historia, mis preocupaciones, un esfuerzo para asir algo que pertenece a mi experiencia, no en el nivel de sus reflejos lejanos, sino en el corazón de su emergencia.

IV

Tres aposentos reencontrados

I. Blévy: el pequeño aposento del primer piso

Era en verdad un aposento muy pequeño, unos tres metros de largo y apenas dos de ancho. La cama estaba en un rincón, a la izquierda de la puerta; creo que era una cama de hierro. A la izquierda de la cabecera de la cama había una ventana que daba hacia la ruta (¿la ruta de Brezólles?) y hacia la pared del parque de la casa de enfrente, una gran finca donde nunca entré.

En la pared enfrentada a la cama, había una chimenea (¿coronada por un gran espejo?) y a cada costado de la chimenea había armarios: en el de la izquierda yo guardaba mis cosas, y en el de la derecha había libros, lecturas de vacaciones, apilados al azar. Se trataba principalmente de novelas policiales y de ciencia ficción, y de colecciones enteras de *Mystère-Magazine*, de *Suspense*, de *Alfred Hitchcock Magazine*, de *Fiction* y de otras cuyo nombre he olvidado (¿*Galaxie*?).

Allí leí casi todas las novelas policiales que leí jamás, y aún recuerdo las que me causaron mayor impresión, aunque, habiéndolas releído por casualidad o tras haberlas buscado durante años, hoy me pregunto por qué: las de Agatha Christie, por cierto, y especialmente las de Hercule Poirot, pero también *Un diente contra él* de Bill Ballinger, *Mediodía estación central* de William Irish, *Búe-*

nas para matar (¿de Pat McGeer?), y en cuanto a la ciencia ficción, *El nueve de picas* de John Amila, *Los cristales soñadores* de Theodore Sturgeon, aunque no es del todo un libro de ciencia ficción, *El reino del gorila* de Sprague de Camp, el cual, pensándolo bien, me parece muy mediocre, y una compilación de novelas cortas que se titulaba *Escalas en el infinito*.

Ante la ventana había una mesa con una silla de paja: doloroso recuerdo de vacaciones dedicadas a preparar un examen reprobado en junio; en la pared opuesta a la ventana había una pequeña cómoda. No me acuerdo del resto, ni de las lámparas (¿una pequeña araña de madera torneada?), ni del empapelado, ni de las (¿dos?) reproducciones que sin duda había en las paredes.

II. Nivillers

A principios de la década del 50 pasé varios días, a fines del verano, en una casa de campo de Nivillers, cerca de Beauvais. Yo tenía quince años. Era una casa muy bonita amoblada con dedicación y buen gusto, y en el recuerdo me parece que los adultos que pasaban las vacaciones allí sólo se preocupaban de que yo no tocara nada.

Yo no dormía en un dormitorio, sino en un cuarto refaccionado en una de las alas anexas del edificio principal, tal vez una antigua granja o un horno para el pan, donde habían hecho una "taberna"; larga, casi angosta, de cielo raso bajo, ligeramente hundida en el suelo (se llegaba bajando tres escalones), con dos ventanas de vidrios pequeños el cuarto se prestaba a dicha refacción y habían bastado pocas cosas —una gran chimenea con morillos altos (una de esas chimeneas, diríamos, aunque sea visiblemente falso, en las que se podría asar un buey entero), recipientes de estaño en la gruesa viga que hacía las veces de repisa de la chimenea, y una larga mesa (de convento) flanqueada por dos bancos muy largos— para obte-

ner una reconstitución más que verosímil de aquellas salas sombrías y lustrosas donde Athos confiaba a D'Artagnan sus cuitas de amor (la lectura de *Los tres mosqueteros* aún estaba muy fresca en mí).

La cama —un catre muy angosto— se destacaba un poco en este conjunto cuyos otros detalles significativos ya he olvidado.

De la casa sólo recuerdo una cosa: un día abrí una caja de porcelana. Contenía cigarrillos que sin duda habían estado allí muchos años. El papel estaba amarillento, los cigarrillos estaban secos y acartonados, como cosas muertas.

Ese año fue para mí el gran año del velocípedo (y el único, a decir verdad). Tenía un velocípedo de media carrera, cuyo manillar había forrado con una especie de plástico *ad hoc*, como los verdaderos profesionales, y regresé a París creyéndome Louison Bobet.

III. Enghien

En 1946 ó 1947 (hace diez u once años) fui a hacer una cura de quince días a Enghien (en esa época sufría de sinusitis continuas). Me alojaron en casa de una (¿corpulenta?) dama; de ella sólo recuerdo que la primera noche me preguntó si acostumbraba rezar mis plegarias antes de acostarme.

La cama estaba en un rincón del cuarto. Cuando yo me acostaba, la pared quedaba a mi izquierda y la puerta del aposento frente a la cama. La ventana estaba a mi derecha. Había un crucifijo sobre la cabecera, con una brizna de boj al través.

La primera noche un mosquito me picó el párpado y durante varios días tuve el ojo muy hinchado.

No guardo ningún recuerdo de la cura misma. Fue la única que hice en mi vida. Me parece que consistía en beber vasos de un agua tibia, color herrumbre, que

sabía mal (¿a huevo podrido?), y en baños de aspersión. Ello no surtió casi ningún efecto sobre mis sinusitis, que resistieron hasta mis veinte años casi todos los tratamientos a que se las sometió.

V

Notas breves sobre el arte y el modo de ordenar libros

Toda biblioteca¹ responde a una doble necesidad, que a menudo es también una doble manía: la de conservar ciertas cosas (libros) y la de ordenarlos según ciertos modos.

Un amigo mío concibió un día el proyecto de limitar su biblioteca a 361 obras. La idea era la siguiente: tras alcanzar, a partir de cierta cantidad n de obras, por adición o sustracción, el número $K = 361$, que presuntamente correspondería a una biblioteca, si no ideal, al menos suficiente, obligarse a no adquirir de modo duradero una nueva obra X , sino tras haber eliminado (por donación, eliminación, venta o cualquier otro medio apropiado) una antigua obra Z , de modo que el número total de obras K permanezca constante e igual a 361:

*Denominados
Franciales*

$$K + X > 361 > K - Z$$

La evolución de este seductor proyecto tropezó con obstáculos previsibles para los cuales se hallaron las solu-

¹ Denomino biblioteca a un conjunto de libros reunido por un lector no profesional para su placer y uso cotidianos. Ello excluye las colecciones de bibliófilos y las encuadernaciones por metro, pero también la mayoría de las bibliotecas especializadas (las universitarias por ejemplo) cuyos problemas particulares se parecen a los de las bibliotecas públicas.

ciones del caso: ante todo se consideró que un volumen —digamos de La Pléiade— valía por un (1) libro aunque contuviera tres (3) novelas (o compilaciones de poemas, ensayos, etcétera); de ello se dedujo que tres (3) o cuatro (4) o n (n) novelas del mismo autor valían (implícitamente) por un (1) volumen de dicho autor, como fragmentos aún no compilados pero ineluctablemente compilables de sus *Obras completas*. A partir de ello se consideró que tal novela recientemente adquirida de tal novelista de lengua inglesa de la segunda mitad del siglo XIX no se computaría, lógicamente, como una nueva obra X sino como una obra Z perteneciente a una serie en vías de constitución: el conjunto T de todas las novelas escritas por dicho novelista (¡y vaya si las hay!). Ello no alteraba en nada el proyecto inicial: simplemente, en vez de hablar de 361 obras, se decidió que la biblioteca suficiente se debía componer idealmente de 361 *autores*, ya hubieran escrito un pequeño opúsculo o páginas como para llenar un camión. Esta modificación resultó ser eficaz durante varios años: pero pronto se reveló que ciertas obras —por ejemplo, las novelas de caballería— no tenían autor o tenían varios, y que ciertos autores —por ejemplo, los dadaístas— no se podían aislar unos de otros sin perder automáticamente del ochenta al ochenta y seis por ciento de aquello que les confería interés: se llegó así a la idea de una biblioteca limitada a 361 *temas* —el término es vago pero los grupos que abarca también lo son, en ocasiones— y este límite ha funcionado rigurosamente hasta hoy.

Por ende, uno de los principales problemas que encuentra el hombre que conserva los libros que leyó o se promete leer un día es el crecimiento de su biblioteca. No todos tienen la oportunidad de ser el capitán Nemo:

“ . . . el mundo terminó para mí el día en que mi *Nautilus* se sumergió por primera vez bajo las aguas. Ese día compré mis últimos volúmenes, mis últimos folletos, mis últimos diarios,

y desde entonces quiero creer que la humanidad no ha pensado ni escrito nada más”.

Los 12.000 volúmenes del capitán Nemo, uniformemente encuadernados, están clasificados de una vez por todas y con mayor facilidad aun, puesto que esta clasificación, se nos aclara, no tiene en cuenta el idioma (precisión que no concierne en absoluto al arte de ordenar una biblioteca sino que sólo quiere enfatizar que el capitán Nemo habla por igual todas las lenguas). Pero para nosotros, que continuamos relacionados con una humanidad que se obstina en pensar, escribir, y sobre todo en publicar, el problema del crecimiento de nuestras bibliotecas tiende a convertirse en el único problema real: pues es evidente que hoy no es demasiado difícil conservar diez o veinte libros, incluso cien, pero cuando comenzamos a tener 361, o mil, o tres mil, y sobre todo cuando el número empieza a aumentar casi todos los días, se presenta el problema de ordenar estos libros en alguna parte, y también de tenerlos a mano porque, por una u otra razón, un día deseamos o necesitamos leerlos al fin, e incluso releerlos.

Así, el problema de las bibliotecas sería un problema doble: primero un problema de espacio, y después un problema de orden.

1. Del espacio

1.1. Generalidades

Los libros no están dispersos sino reunidos. Así como ponemos todos los frascos con confituras en un armario para confituras, ponemos todos los libros en el mismo lugar, o en diversos mismos lugares. Podríamos, en nuestro afán de conservarlos, apilar libros en baúles, guardarlos en la bodega, el granero o el fondo del placard, pero en

general preferimos que sean visibles.

En la práctica, los libros suelen estar ordenados unos junto a otros, a lo largo de una pared o un tabique, sobre soportes rectilíneos, paralelos entre sí, ni demasiado profundos ni demasiado espaciados. Los libros se ordenan —generalmente— en el sentido de la altura y de manera tal que el título impreso en el lomo de la obra sea visible (a veces, como en los escaparates de las librerías, se muestra la cubierta de los libros, pero lo chocante, inusitado, lo prohibido, lo que casi siempre se considera chocante, es un libro del que no se vea más que el canto).

En el mobiliario contemporáneo, la biblioteca es un *rincón*: el “rincón-biblioteca”. Es a menudo un módulo perteneciente a un conjunto de “sala de estar”, del cual también forman parte:

El bar con tapa
el escritorio con tapa
el platero de dos puertas
el mueble del estéreo
el mueble del televisor
el mueble del proyector de diapositivas
la vitrina
etcétera

y que se expone en los catálogos adornados con encuadraciones falsas.

En la práctica, sin embargo, los libros se pueden agrupar casi en cualquier parte.

1.2. Cuartos donde se pueden guardar libros

en el vestíbulo
en la sala de estar
en el o los dormitorios
en las letrinas

En la cocina solemos guardar un solo género de obras, las que justamente denominamos “libros de cocina”.

Es rarísimo encontrar libros en un cuarto de baño, aunque para muchos se trate de un lugar favorito de lectura. La humedad ambiente es unánimemente considerada como la primera enemiga de la conservación de los textos impresos. A lo sumo podemos encontrar en un cuarto de baño un botiquín, y en el botiquín una pequeña obra titulada *¿Qué hacer antes que llegue el médico?*

1.3. Sitios donde se pueden poner libros

En la repisa de las chimeneas o los radiadores (ten-gamos en cuenta, empero, que el calor puede resultar no-civo con el tiempo),

entre dos ventanas,

en el vano de una puerta clausurada,

en los escalones de un escabel de biblioteca, volvién-dolo imposible de escalar (muy elegante, cf. Renan),

bajo una ventana,

en un mueble dispuesto en abanico que divida el cuarto en dos partes (muy elegante, causa mejor efecto aun con algunas plantas verdes).

1.4. Cosas que no son libros y que se encuentran a menudo en las bibliotecas

Fotografías en marcos de estaño dorado, pequeños grabados, dibujos a la pluma, flores secas en copas, piróforos provistos o no con cerillas químicas (peligrosas), soldados de plomo, una fotografía de Ernest Renan en su gabinete de trabajo del Collège de France, postales, ojos de muñeca, cajas, raciones de sal, pimienta y mostaza de la compañía de aeronavegación Lufthansa, pisapapeles, tejidos, canicas, limpiadores de pipas, modelos reducidos de

automóviles antiguos, guijarros y piedras multicolores, exvotos, resortes.

2. Del orden

Una biblioteca que no se ordena se desordena: es el ejemplo que me dieron para explicarme qué era la entropía y varias veces lo he verificado experimentalmente.

El desorden de una biblioteca no es grave en sí mismo; está en la categoría del “¿en qué cajón habré puesto los calcetines?”. Siempre creemos que sabremos por instinto dónde pusimos tal o cual libro, y aunque no lo sepamos, nunca será difícil recorrer de prisa todos los estantes.

A esta apología del desorden simpático se opone la mezquina tentación de la burocracia individual: cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa y viceversa; entre estas dos tensiones, una que privilegia la espontaneidad, la sencillez anarquizante, y otra que exalta las virtudes de la tábula rasa, la frialdad eficaz del gran ordenamiento; siempre se termina por tratar de ordenar los libros; es una operación desafiante, deprimente, pero capaz de procurar sorpresas agradables, como la de encontrar un libro que habíamos olvidado a fuerza de no verlo más y que, dejando para mañana lo que no haremos hoy, devoramos al fin de bruces en la cama.

2.1. Modos de ordenar los libros

clasificación alfabética

clasificación por continentes o países

clasificación por colores

clasificación por encuadernación

clasificación por fecha de adquisición

clasificación por fecha de publicación

clasificación por formato
clasificación por géneros
clasificación por grandes períodos literarios
clasificación por idiomas
clasificación por prioridad de lectura
clasificación por serie

Ninguna de estas clasificaciones es satisfactoria en sí misma. En la práctica, toda biblioteca se ordena a partir de una combinación de estos modos de clasificación: su equilibrio, su resistencia al cambio, su caída en desuso, su permanencia, dan a toda biblioteca una personalidad única.

Conviene ante todo distinguir entre clasificaciones estables y clasificaciones provisorias; las clasificaciones estables son las que en principio continuaremos respetando; las clasificaciones provisorias no suelen durar más de varios días: el tiempo en que el libro encuentra, o reencontra, su sitio definitivo. Se puede tratar de una obra recientemente adquirida o todavía no leída, o bien de una obra recientemente leída que no sabemos muy bien dónde poner y que alguna vez nos prometimos clasificar en ocasión de un próximo "gran ordenamiento", o incluso de una obra cuya lectura hemos interrumpido y que no queremos clasificar antes de haberla retomado y concluido, o bien de un libro del cual nos hemos valido constantemente durante un período determinado, o bien de un libro que hemos sacado para buscar un dato o referencia y que aún no hemos regresado a su lugar, o bien de un libro que no querríamos poner en el lugar donde iría porque no nos pertenece y varias veces nos hemos prometido devolverlo, etcétera.

En lo que a mí concierne, casi las tres cuartas partes de mis libros jamás estuvieron realmente clasificados. Los que no están ordenados de un modo definitivamente provisorio lo están de un modo provisoriamente definitivo, como en el OuLiPo. Entretanto, los traslado de un cuarto al otro, de un anaquel al otro, de una pila a la otra, y a

veces paso tres horas buscando un libro, sin encontrarlo pero con la ocasional satisfacción de descubrir otros seis o siete que resultan igualmente útiles.

2.2. Libros muy fáciles de ordenar

Los grandes volúmenes de Jules Verne de encuadernación roja (trátese de genuinos Hetzel o de reediciones Hachette), los libros muy grandes, los muy pequeños, las guías Baedeker, los libros raros o tenidos por tales, los libros encuadernados, los volúmenes de La Pléiade, los *Présence du Futur*, las novelas publicadas por Éditions de Minuit, las colecciones (Chakge, Textes, Les lettres nouvelles, Le chemin, etcétera), las revistas, cuando tenemos al menos tres números, etcétera.

2.3 Libros no muy difíciles de ordenar

Los libros sobre cine, trátese de ensayos sobre directores, de álbumes sobre las estrellas o con escenas de filmes; las novelas sudamericanas, la etnología, el psicoanálisis, los libros de cocina (ver más arriba), los anuarios (junto al teléfono), los románticos alemanes, los libros de la colección "Que sais-je?" (aunque no sabemos si ponerlos juntos o incluirlos dentro de la disciplina que tratan, etcétera).

2.4. Libros casi imposibles de ordenar

Los otros; por ejemplo, las revistas de las que sólo poseemos un número, o bien *La campaña de 1812 en Rusia* de Clausewitz, traducido del alemán por M. Bégouën, capitán en jefe del 31° de Dragones, diplomado de Estado mayor, con un mapa, París, Librairie Militaire R. Chapelot

et Cie., 1900, e incluso el fascículo 6 del volumen 91 (noviembre, 1976) de las *Publications of the Modern Language Association of America (PMLA)* que presenta el programa de las 666 reuniones de trabajo del congreso anual de dicha asociación.

2.5. Como los borgianos bibliotecarios de Babel, que buscan el libro que les dará la clave de todos los demás, oscilamos entre la ilusión de lo alcanzado y el vértigo de lo inasible. En nombre de lo alcanzado, queremos creer que existe un orden único que nos permitiría alcanzar de golpe el saber; en nombre de lo inasible, queremos pensar que el orden y el desorden son dos palabras que designan por igual el azar.

También es posible que ambas sean señuelos, engañas destinadas a disimular el desgaste de los libros y de los sistemas.

Entre los dos, en todo caso, no está mal que nuestras bibliotecas también sirvan de cuando en cuando como ayudamemoria, como descanso para gatos y como desván para trastos.

VI

Doce miradas oblicuas

1. El fabricante de ropa de confección

Chaqueta de cuello redondo, dibujo Jacquard (215 francos) sobre vestido de franela de pura lana virgen (420 F); falda *liberty* de lana, plisado sol (295 F), chaqueta de dibujo calado (360 F) sobre pulóver de lana, fondo de tweed, dibujo Jacquard en el cuello (185 F).

Pantalón golf en paño de pura lana (250 F), chaqueta Jacquard con cuello chal (225 F), sobre blusa haciendo juego (165 F); falda escocesa, pura lana (230 F), chaqueta de lana, dibujo formando cuello marino (250 F).

Falda escocesa al bies, bolsillos de revés, en pura lana (235 F); chaleco con cuello en V, abotonado por delante (195 F); falda de franela a cuadros, plisado sol (280 F), chaqueta cuello Claudina de pura lana (265 F).

Vestido de muselina estampada, cuello redondo y puños de seda lisa, falda plisado sol (400 F).

Pulóver cuello en V, rayas horizontales *degradées* de fibra (175 F), bufanda haciendo juego (65 F) sobre faldapantalón de acetato de mezclilla (300 F); vestido liviano de rayón (370 F) bajo jersey largo de fibra con dibujo geométrico (235 F).

Conjunto de crespón de fibra estampado; chaqueta recta de cuello plisado, falda plisada (450 F); conjunto de muselina de fibra, estampado floreado; falda con plisado

sol, cuello alto y cuadrado en V, mangas plegadas (500 F).

Vestido de jersey pura lana, cuello chal y puños de seda, parte superior con vivos, falda plisada (450 F); conjunto de jersey pura lana, chaqueta de cuello marino de seda, mangas y bolsillos con vivos, falda plisada, abotonada bajo la presilla (525 F).

Conjunto de franela pura lana: chaqueta de cuello sastre, chaleco corto abotonado, falda plisada (790 F), camisola de seda con cuello redondo y moño (250 F).

Capa plisada de jersey, con falda haciendo juego, con pliegues cavados delante (420 F).

Colección infantil: delantal jardinero de satén estampado. Modelo para 4 años: 90 F.

Pulóveres y blusones Jacquard de 115 a 155 francos (6 y 8 años) según el modelo. Bufandas (65 F), gorras (55 y 75 F) haciendo juego.

En una impresionante cantidad de carteles fijados en los aún recientes refugios para pasajeros de autobús, tres niños de mirada terriblemente *infantil* sacaron buen partido, durante un par de semanas, a fines de octubre pasado, de los pulóveres, las bufandas y las gorras antedichas; sus poses, su expresión, su vestimenta, sus relaciones, tanto en el plano de la mitología publicitaria como en el que podríamos considerar el de la realidad (su existencia en cuanto modelos, el papel que se les hacía representar, el papel que representaban ante sí mismos, la acumulación sucesiva de inversiones —psíquicas y económicas— de las que constituían tanto el objetivo como el medio) se me revelaron como una de las manifestaciones más innobles del mundo en que vivimos.

2. El marroquineró

La moda consistiría tanto en lo que distingue como en lo que asemeja: participación en un valor superior, pertenencia a un grupo de escogidos, etcétera. Ello es concebible, después de todo. Pero, a riesgo de ser tildado

de aristocratizante, insisto en preguntarme por qué tantas personas se enorgüllecen de exhibir carteras que llevan el monograma del fabricante. Admito que atribuyamos importancia a tener iniciales en los objetos a los que somos afectos (camisas, valijas, servilletas, etcétera) ¿pero por qué las iniciales de un proveedor? En verdad no lo entiendo.

3. Los "must"

La palabra clave de la moda no es "¿esto os agrada?", sino "es preciso".

Es preciso. En inglés: "It's a must." Así bautizó un joyero de la Rue de la Paix a sus encendedores y relojes.

No me asombra tanto el nombre mismo, sino el hecho de que vaya seguido por una pequeña R rodeada por un círculo para indicar que el fabricante se reserva los derechos exclusivos de esta denominación.

El objeto de moda, en este caso importa poco. Lo que cuenta es el nombre, el sello, la firma. Puede decirse que si el objeto no tuviera nombre ni firma, no existiría. No es otra cosa que su signo. Pero los signos se agotan de prisa, más de prisa que los encendedores y los relojes. Por eso las modas cambian.

Se trata, según dicen, de una dulce tiranía. Pero no estoy tan seguro de ello.

4. Paréntesis en forma de anécdota

Hace unos años, en el espacio de tres meses, tuve la oportunidad de comer cuatro veces en cuatro restaurantes chinos situados respectivamente en París (Francia), Barrebrück (Alemania), Coventry (Gran Bretaña) y Nueva York (Estados Unidos). El decorado de los restaurantes era más o menos el mismo y su carácter chinesco se apo-

yaba en cada caso en significantes igualmente idénticos (dragones, caracteres chinos, lámparas, lacas, tinturas rojas, etcétera). En cuanto a la comida, era mucho menos evidente: en ausencia de todo referente, yo había tenido la ingenuidad de pensar, hasta el momento, que la cocina china (francesa) era cocina china; pero la cocina china (alemana) hacía pensar en la cocina alemana, la cocina china (inglesa) en la cocina inglesa (el verdor de los guisantes), la cocina china (norteamericana) en algo de ningún modo chino, sino muy norteamericano.

Esta anécdota me parece significativa, pero no sé exactamente de qué.

5. Citas

Moda: parte móvil y caprichosa de las costumbres, que ejerce su imperio sobre los adornos, los trajes, el mobiliario, la indumentaria, etcétera. La palabra significa en rigor “la manera”, es decir, la manera que es buena por excelencia, y que no debe ser sometida al razonamiento. No obstante la moda, uso transitorio, abrevia en las fantasías de un gusto a menudo corrupto, que intenta satisfacer la vanidad y diversificar el gozo de los célebres, los ricos y los ociosos; casi desconocida para las clases inferiores, alimenta sin embargo a una multitud de obreros laboriosos. Los asiáticos tienen pasiones antes que gusto, voluntad y pocos caprichos; las instituciones, las ideas y las costumbres tienen entre ellos un carácter de estabilidad casi inalterable. La moda, que ellos desconocen, es por el contrario todopoderosa en la Europa civilizada, sobre todo en Francia, donde se suceden las impresiones rápidas y ligeras.

(Bachelet y Dezobry, *Dictionnaire général des Lettres, des Beaux-Arts et des Sciences morales et politiques*, París, Delagrave, 1882.)

Las modas parisienses, que brillan sobre todo por el

gusto y la elegancia, son adoptadas casi universalmente por los países extranjeros, y los artículos de moda constituyen uno de los principales objetos de exportación; los derechos que percibe la Aduana francesa por estos artículos se elevan anualmente a más de 5 millones.

(Bouillet, *Dictionnaire universel des Sciences, des Lettres et des Arts*, París, Hachette, 1854.)

6. Preguntas, 1

Pregunta AUTOLÓGICA.

¿Por qué hablar de la moda? ¿Es de veras un tema interesante? ¿Un tema de moda? → Colombia MODA

Podríamos plantear una pregunta más general. Se relacionaría con estas instituciones contemporáneas como la moda, el deporte, las "vacaciones", la vida colectiva, la pedagogía, la "protección de la naturaleza", el medio cultural, etcétera, que a mi juicio transforman en prueba, cuando no en sufrimiento, y aun en suplicio, actividades que en su origen no eran ni querían ser nada más que placer o goce (cf. Georges Sebbag, *La masochisme quotidien*, París, Edition Le pont d'êre, 1972).

De un objeto de moda se dice que hace furor. Pero, ¿no hay algo furibundo, realmente furibundo, en la moda? No sólo furibundo, por otra parte, sino también ruidoso, muy ruidoso, atronador. (La moda no tiene ningún respeto por el silencio: nos rompe los tímpanos.)

7. Y sin embargo. . .

Debería tratarse del placer: placer del cuerpo, placer del juego, placer de vestirse, vestirse de igual modo o vestirse de otra manera, placer a veces de disfrazarse, placer de descubrir, de imaginar, placer de encontrar otra cosa, placer de cambiar.

Eso se denominaría moda: una manera de gozar, la

sensación de una pequeña fiesta, de un despilfarro; algo fútil, inútil, gratuito, agradable. Se inventaría un plato, un gesto, una expresión, un juego, un traje, un lugar de paseo, un baile, se compartiría ese invento, se compartirían los inventos de los demás: eso duraría horas o meses; uno se cansaría o fingiría cansarse; se repetiría o no se repetiría. Sería como en la escuela durante los recreos: venían las carreras, luego la pelota, luego las canicas, luego la orquesta con peines y papel higiénico, luego las colecciones de envases de cigarrillos.

Pero no se trata de eso, por cierto. En absoluto. Aun antes de comenzar a hablar de la moda, antes incluso que los hechos de moda sean alumbrados por las luces más o menos irisadas de las diversas ideologías contemporáneas, ya sabemos que no se tratará de eso.

La moda, empero, habla de capricho, de espontaneidad, de fantasía, de invención, de frivolidad. Pero son embustes: la moda está totalmente de parte de la violencia: violencia de la conformidad, de la adhesión a modelos, violencia del consenso social y de los desprecios que éste disimula.

8. Preguntas, 2

No hay mucho que esperar de un proceso de la moda. La moda existe, se sabe. Se hace y se deshace, se fabrica y se difunde, se consume. Interviene en la mayor parte de nuestras actividades cotidianas.

Todos los fenómenos de moda convergen en una corroboración elemental: la moda no produce objetos ni hechos, sino solamente signos: puntos de referencia a los que se apega una colectividad. La única pregunta, pues, es ésta. ¿por qué se necesitan estos signos? O, si se prefiere: ¿no podemos buscarlos en otra parte?

Qué hacer, cuando el hecho mismo de la moda se manifiesta como una institución burda (algo similar a la

zanahoria en la punta del palo) que sólo remite a los fatigados sobresaltos de nuestra civilización mercantil: ¿podemos sortear la moda? ¿Desviar la moda? ¿O qué?

9. Alternativas

Sin cuestionar su existencia ni poner en duda la validez de sus principios, podemos proponer diversas modificaciones de los fenómenos de moda:

a) Variación de su periodicidad:

La moda se suele regir por las estaciones. Podría ser mensual, semanal o, mejor aún, cotidiana. Por ejemplo, habría trajes del lunes, trajes del martes, trajes del miércoles, trajes del jueves, trajes del viernes, trajes del sábado y trajes del domingo. Lo mismo valdría, por cierto, para todos los otros hechos de moda.

La expresión “estar al día” cobraría al fin un sentido estricto.

b) Multiplicación de sus campos:

Muchas cosas, lugares y personas están de moda. Podríamos lanzar aun más modas, y en dominios en los cuales no se ha aventurado hasta ahora. Por ejemplo, lanzar la moda de los días pares. O bien los bancos: los cafés, los restaurantes y las tiendas acumulan lámparas de aceite y antiguas cajas registradoras; ¿quién será el banquero audaz que se atreva a inaugurar una sucursal decorada como un *saloon* (éxito garantizado)? ¿Quién lanzará la moda de la estación de metro Coentín-Celton? (“¡Baje usted en Coentín-Celton, la estación de los elegidos!”).

c) Exacerbación del laxismo:

Se señala a menudo que la moda es ecléctica: propone al mismo tiempo modelos, hombres y obras que uno habría creído inconciliables (ello no ocurre sólo con las modas de la vestimenta —donde cohabitan faldas de di-

versa longitud—, sino con la mayor parte de las modas estéticas). No sería necesario forzar demasiado esta tendencia para llegar a un mundo donde *todo* estaría de moda.

d) Exasperación de las preferencias:

Sería la tendencia contraria. En un instante dado y en un dominio dado no habría más que una *sola* cosa de moda: por ejemplo, las zapatillas de básquet, o el chile con carne, o las sinfonías de Bruckner. Luego cambiaríamos. botas de alcantarillero, tarta de Demoiselles Tatin, sonatas eclesiásticas de Corelli. Para dar aun más peso a la cosa (y permitir a los dirigentes de nuestro país un enfoque más eficaz de las crisis económicas que deben afrontar) se podría dar a estos imperativos únicos valor de ley: la población sería advertida de antemano por la prensa acerca de las condiciones que debería respetar para calzarse, comer y escuchar música.

e) También podemos imaginar una moda cuyo punto de aplicación ya no fuera temporal, sino espacial: los hechos de moda ya no se repartirían en el tiempo, sino en el espacio; su existencia ya no estaría sometida a ritmos fluctuantes, a contingencias imponderables; no estarían condenados ineluctablemente a un desgaste más o menos acelerado; no se esfumarían de buenas a primeras, y no deberían sufrir más la mediocridad de las renovaciones episódicas y desencantadas.

Todas las modas existirían simultáneamente, y se distribuirían en toda la faz de la Tierra, y conocerlas ya no sería cuestión de temporadas sino de distancias.

No se encontraría jamás en otra parte lo que ya se vio aquí. Entonces los viajes tal vez recobrarían su sentido: el cambio nos afectaría. En el fondo de cada uno de nosotros habría un pequeño Marco Polo dormido soñando con visitar el país de las pieles, el país de los que comen chucrut, el país de los pasamontañas de lana gruesa de punto. . .

10. O mejor:

La moda acentúa lo inestable, lo inasible, el olvido: irrisión de lo vivido llevado a signos irrisorios, a los artificios del patín y el esquí, a la grosería de los pretextos falsos. Irrisión de una verdad en sí misma irrisoria, reducida a su esqueleto fraudulentamente autenticado: el aire de antigualla flamante, la pseudoimitación del oropel. Conivencia falaz, ausencia de diálogo; se comparte la mierda de un código sin sustancia: el último grito.

Lo contrario de la moda no es por cierto lo que pasó de moda; no puede ser sino el presente: lo que está ahí lo que está anclado, lo permanente, lo resistente, lo habitado: el objeto y su recuerdo, el ser y su historia.

No sirve de mucho estar o querer estar con la moda. A lo sumo podemos aspirar, tal vez, a estar aparte, en un lugar donde las exclusiones impuestas por el hecho mismo de la moda (de moda/pasado de moda) cesarían de ser pertinentes.

Ello podría darse en la simple atención prestada a un traje, un color, un gesto, en el mero placer de un gusto compartido, en la serenidad secreta de una costumbre, de una historia, de una existencia.

Así:

11. Las "Notas de cabecera"

Ropa interior

En invierno prefiero el color "azalea"

Me gustan también las prendas de seda brillante y las vestimentas blancas del derecho y de color rojo oscuro del revés.

En verano me gustan el violeta, el blanco.

Monturas de abanico

Con papel verde amarillento me gustan las monturas rojas.

Con un papel violeta púrpuro, las monturas verdes.

Abrigos de dama

Me gustan los colores claros. El color de la vid, el verde suave, la tintura “cereza” el tono “ciruela roja”, todos los colores claros son bonitos.

Abrigos chinos

Me gusta el rojo, el color “glicina”. En verano, prefiero el violeta, en otoño, el tono “landa árida”.

Faldas de gala

Me gustan las faldas donde están dibujados los corales del mar. Las faldas superiores.

Chaquetas

En primavera me gusta el tono “azalea”, el color “cereza”. En verano me gustan las chaquetas “verde y hoja muerta”, u “hoja muerta”.

Telas

Me gustan los paños violeta púrpura, los blancos, aquellos donde se han tejido hojas de castaño caladas sobre un fondo verde suave. Las telas color ciruelo rojo también son bonitas, pero se ven tanto que estoy cansada de ellas más que de ninguna otra cosa.

(Sei Shônagon, *Notes de chevet*, París, Gallimard, 1966).

12. O bien, por último:

En vez de tratar de cernir este objeto improbable, habría preferido comenzar a contar, bajo la gentil tutela de esta dama de honor muerta alrededor del año mil, la historia de algunos de los objetos que se encuentran en mi mesa de trabajo: una almohadilla, un mango de puñal de piedra tallada, un florero de metal inglés, tres cajas de madera torneada, un pequeño encendedor troncóncico de

base anaranjada, una pequeña placa de asperón con un paisaje, un secante de cartón decorado con incrustaciones de carey, una tetera con forma de gato, una caja de 144 plumas “en redondo” Baignol et Farjon, etcétera.

Tales historias sin duda habrían estado atravesadas por la moda. No se habrían agotado allí.

VII

Los lugares de un ardid

Durante cuatro años, desde mayo de 1971 hasta junio de 1975, hice análisis. En cuanto concluí el tratamiento me asaltó el deseo de decir, o mejor dicho de escribir, lo que había ocurrido. Poco más tarde, Jean Duvignaud propuso a la redacción de *Cause commune* que organizara un número de la revista alrededor del tema del ardid, y decidí espontáneamente que mi texto encontraría su lugar (más adecuado en este marco de contornos mal definidos, pero marcados por lo inestable, lo vago y lo oblicuo.)

Desde entonces transcurrieron quince meses, durante los cuales comencé una cincuentena de veces las primeras líneas de un texto que, al cabo de algunas frases (*grosso modo*, las que acabo de escribir), se perdía inexorablemente en artificios retóricos cada vez más embrollados. Yo quería escribir, era preciso que escribiera, que encontrara en la escritura, por la escritura, la huella de lo que se había dicho (y todas las páginas recomenzadas, los borradores inconclusos, las líneas abandonadas son como recuerdos de esas sesiones amorfas donde yo tenía la inefable sensación de ser una máquina de moler palabras sin peso), pero la escritura se pertrificaba en precauciones oratorias, en preguntas presuntamente preliminares: ¿por qué tengo necesidad de escribir este texto? ¿A quién está >destinado en verdad? ¿Por qué optar por escribir y publicar, por hacer público, lo que quizá sólo se nombró en el secreto del análisis? ¿Por qué optar por asociar esta

busca flotante con el ambiguo tema del ardid? Tales eran las preguntas que yo planteaba con sospechoso encarnizamiento —uno, dos, tres, cuatro—, como si fuera absolutamente necesario que hubiera preguntas, como si, sin preguntas, no pudiera haber respuestas. Pero lo que quiero decir no es una respuesta sino una afirmación, una evidencia, algo que ha acontecido, que ha surgido. No algo que estaba agazapado en el corazón de un problema, sino algo que estaba allí, muy cerca de mí, algo mío que debía decir.

El ardid es algo que sortea, ¿pero cómo sortear el ardid? Pregunta-trampa, pregunta-pretex^{to}, anterior al texto, y en cada oportunidad se demora el ineluctable momento de escribir. Cada palabra que yo planteaba no era un jalón sino un desvío, materia de ensoñación. Durante esos quince meses soñé despierto con estas palabras meandro, así como durante cuatro años soñé despierto mientras miraba las molduras y fisuras del cielo raso. ^{o met}

Allá como aquí era casi reconfortante decirse que un día las palabras acudirían. Un día me pondría a hablar, me pondría a escribir. Durante mucho tiempo, uno cree que hablar de ello querrá decir encontrar, descubrir, comprender, comprender al fin, ser iluminado por la verdad. Pero no: cuando ocurre, uno sólo sabe que ocurre; está allí, se habla, se escribe: hablar es sólo hablar, simplemente hablar; escribir es sólo escribir, trazar letras en una página en blanco.

¿Acaso yo sabía que era eso lo que había ido a buscar? ¿Esta evidencia por tanto tiempo no dicha y siempre por decirse, esta mera espera, esta mera tensión reencontrada en un farfulleo casi intangible?

Ocurrió un día y lo supe. Querría poder decir: lo supe enseguida, pero no sería cierto. No existe un tiempo verbal para decir cuándo ocurrió. Ocurrió, habría ocurrido, ocurre, ocurrirá. Ya se sabía, se sabe. Simplemente algo se abrió y se abre: la boca para hablar, la estilográfica para escribir: algo se desplazó, algo se desliza y se traza,

la línea sinuosa de la tinta en el papel, algo pleno y liberado.

Planteo desde un principio como evidencia esta equivalencia entre habla y escritura, así como asimilo la página en blanco con ese otro lugar de titubeos, ilusiones y tachaduras que fue el cielo raso del consultorio del analista. Sé bien que no cae de su peso, pero así fue para mí a partir de entonces, y eso era precisamente lo que estaba en juego en el análisis. Eso fue lo que sucedió, lo que se modeló de sesión en sesión en el curso de esos cuatro años. *Peter Sloterdijk - El origen del psicoanálisis*

El psicoanálisis no se parece en verdad a los anuncios para calvos; no hay un “antes” ni un “después”. Hubo un presente del análisis, un “aquí y ahora” que comenzó, duró, concluyó. También podría escribir que “tardó cuatro años en comenzar” o que “se concluyó durante cuatro años”. No hubo principio ni fin; mucho antes de la primera sesión, el análisis ya había comenzado, al menos en la lenta decisión de someterse a él, y en la elección del analista; mucho después de la última sesión, el análisis continúa, al menos en esta duplicación solitaria que remeda su obstinación y su estancamiento: el tiempo del análisis fue un envasamiento en el tiempo, una hinchazón del tiempo; durante cuatro años el análisis fue algo cotidiano y común: pequeñas marcas en agendas, el trabajo desgranado en el espesor de las sesiones, su retorno regular, su ritmo.

El análisis fue al principio eso: cierta partición de los días —los días con y los días sin— y para los días con, algo que se parecía al pliegue, al repliegue, del bolsillo: en la estratificación de las horas, un instante suspendido, diferente; en la continuidad del día, una suerte de detención, un tiempo.

Había algo abstracto en este tiempo arbitrario, algo tranquilizador y temible a la vez, un tiempo incommovible y atemporal, un tiempo inmóvil en un espacio improbable. Sí, por cierto, yo estaba en París, en un barrio que

conocía bien, en una calle donde incluso había vivido anteriormente, a pocos metros de mi bar favorito y de varios restaurantes conocidos, y habría podido entretenerme calculando la longitud, la latitud, la altitud y la orientación (la cabeza en el oeste-noroeste, los pies en el este-sudeste). Pero el protocolo ritual de las sesiones desvinculaba el espacio y el tiempo de estas repeticiones: yo llegaba, llamaba, una joven me abría la puerta. Yo esperaba unos minutos en un cuarto destinado a esa función; oía al analista acompañando hasta al puerta al paciente anterior; instantes más tarde, el análisis abría la puerta de la sala de espera. Jamás trasponía el umbral. Yo pasaba delante de él y entraba en el consultorio. El me seguía, cerraba las puertas — había dos, y entre ambas una entrada minúscula, algo así como una esclusa que enfatizaba la cerrazón del espacio—, iba a sentarse en su sillón mientras yo me recostaba en el diván.

*Jay Halper; TÁCTICAS de POBES...
+ el Arte del psicoanálisis*

Insisto en estos detalles triviales porque se repitieron dos o tres veces por semana durante cuatro años, así como se repitieron los ritos del final de la sesión: la llamada del próximo paciente, el analista que murmuraba algo parecido a “bien”, sin que ello implicara jamás una apreciación sobre los temas tratados en el curso de la sesión; luego se levantaba, yo me levantaba y, si era el momento, le abonaba sus honorarios (no le pagaba en cada sesión, sino cada dos semanas), él abría las puertas del consultorio, me acompañaba hasta la puerta de entrada y cerraba, tras una despedida formal que casi siempre consistía en una confirmación del día de la próxima sesión (por ejemplo, “hasta el lunes” o “hasta el martes”).

En la sesión siguiente, se repetían los mismos movimientos, los mismos gestos, exactamente idénticos. En las raras ocasiones en que no lo eran (y por ínfima que fuera entonces la modificación de un elemento protocolar, tenía un sentido, aunque yo no supiera cuál), ello indicaba algo, tal vez simplemente que yo estaba en análisis, y que el análisis era eso, y no otra cosa. Poco importa que estas

modificaciones provinieran del analista, de mí, o del azar. Estos cambios minúsculos, ya hicieran desbordar el análisis en la convención que lo rodeaba (como, por ejemplo, las raras ocasiones en que tomé la iniciativa de salir abriendo yo mismo las puertas) o que por el contrario quitaran al análisis una parte del tiempo que le estaba consagrado (cuando el analista, por ejemplo, en ausencia de la secretaria, debía atender el teléfono, o ir a recibir al próximo paciente o a un limosnero del Ejército de Salvación) señalaban la función que estos ritos tenían para mí: el encuadre espacial y temporal de este discurso sin fin que a lo largo de las sesiones, de los meses, de los años, yo intentaría hacer mío, del cual intentaría hacerme cargo, en el cual trataría de reconocerme y de nombrarme.

La regularidad de estos ritos de entrada y salida constituyó pues para mí una primera regla (no hablo del psicoanálisis en general, sino de mi propia experiencia vivida y de los recuerdos que me han quedado de ella): su repetición tranquila y su inmutabilidad convenida designaban con serena cortesía los límites de este lugar cerrado donde, lejos del bullicio de la ciudad, fuera del tiempo, fuera del mundo, iba a decirse algo que quizá vendría de mí, sería mío, sería para mí. Eran como los garantes de la neutralidad bien intencionada de esa oreja inmóvil a la cual yo intentaba decir algo, como los límites amables, civilizados, un poco austeros, un poco fríos, apenas ampulosos, en cuyo interior estallaría la callada y cerrada violencia del diálogo analítico.

Así, tendido en el diván, la cabeza sobre un pañuelo blanco que el analista, antes que el próximo paciente entrara en el consultorio, arrojaba con negligencia sobre la parte superior de un pequeño archivo Imperio ya sembrado de pañuelos arrugados de las sesiones precedentes, las manos cruzadas detrás de la nuca o encima del vientre, la pierna derecha extendida, la izquierda ligeramente arqueada, me sumergí durante cuatro años en ese tiempo sin historia, en ese lugar inexistente que iba a convertirse en el

lugar de mi historia, de mi habla todavía ausente. Podía ver tres paredes, tres o cuatro muebles, dos o tres grabados, algunos libros. El piso estaba alfombrado, el cielo raso tenía molduras, las paredes estaban empapeladas: un decorado estricto y siempre ordenado, aparentemente neutro, que cambiaba poco de una sesión a la otra, de un año al otro: un sitio muerto y tranquilo.

Había poco ruido. Un piano o una radio, a veces, a lo lejos; alguien que en alguna parte pasaba la aspiradora o, cuando hacía buen tiempo y el analista dejaba la ventana abierta (aireaba a menudo entre dos sesiones), el canto de los pájaros de un jardín vecino. El teléfono, como he dicho, no sonaba casi nunca. El analista mismo hacía muy poco ruido. Yo oía a veces su respiración, un suspiro, unos ruidos intestinales, o el chasquido de una cerilla.

Era preciso que yo hablara. Para eso estaba allí. Era la regla del juego. Yo estaba encerrado con este otro en un espacio otro: el otro estaba sentado en un sillón, detrás de mí, podía verme, podía hablar o callar, y en general optaba por callar; yo estaba tendido en un diván, delante de él, no podía verlo, debía hablar, era preciso que mi habla llenara ese espacio vacío.

Hablar, por lo demás, no era difícil. Yo tenía necesidad de hablar, y tenía un arsenal de historias, de problemas, de preguntas, de asociaciones, de fantasmas, de juegos de palabras, de recuerdos, de hipótesis, de explicaciones, de teorías, de referencias, de refugios.

Recorría alegremente los bien señalizados caminos de mis laberintos. Todo quería decir algo, todo se encadenaba, todo estaba claro, todo se dejaba descortezar sin dificultad, en un gran vals de significantes que exponían sus amables angustias. Bajo el espejeo fugaz de las colisiones verbales, bajo las medidas titilaciones del pequeño Edipo ilustrado, mi voz sólo encontraba su vacío: ni el endeble eco de mi historia, ni la turbamulta de mis enemigos enfrentables, sino el trillado estribillo de papá-mamá, el sexo; ni mi emoción, ni mi temor, ni mi deseo, ni mi cuer-

po, sino respuestas preparadas, chatarra anónima, exaltaciones de *scenic-railway*.

Las verbosas ebriedades de estos pequeños vértigos pansemicos no tardaban en esfumarse, y para ello bastaba con pocos segundos, unos segundos de silencio en que yo esperaba del analista una aprobación que nunca llegaba, y yo retornaba entonces a una morosidad amarga, más lejos que nunca de mi habla, de mi voz. *→ el inconsistente*

El otro, detrás, no decía nada. En cada sesión yo esperaba que hablara. Estaba persuadido de que me escondía algo, de que sabía más de lo que quería decir, de que también pensaba en ello, de que tenía segundas intenciones. Casi como si las palabras que me pasaban por la cabeza se fueran a alojar en esas intenciones para ocultarse allí para siempre, suscitando, a lo largo de las sesiones, una bola de silencio tan pesada como huecas eran mis palabras, tan plena como vacías eran mis palabras.

Desde entonces, todo se convirtió en desconfianza, tanto mis palabras como su silencio, un fastidioso juego de espejos donde las imágenes reflejaban sin cesar sus guirnaldas de Moebius, sueños demasiado bellos para ser sueños. ¿Dónde estaba lo verdadero? ¿Dónde estaba lo falso? Cuando trataba de callarme, de rehuir esa repetición irrisoria, esa ilusión de un habla que afloraba, el silencio se volvía de golpe insoportable. Cuando trataba de hablar, de decir algo sobre mí, de enfrentar a ese payaso interior que hacía tales malabarismos con mi historia, ese prestidigitador que sabía tan bien cómo engañarse con sus ilusiones, de pronto tenía la impresión de reanudar el mismo rompecabezas, como si, a fuerza de agotar una por una todas las combinaciones posibles, un día pudiera al fin llegar a la imagen que buscaba.

Al mismo tiempo se instauró como una falla de mi memoria: empecé a tener miedo de olvidar, como si, a menos que lo anotara todo, ya no fuera capaz de retener la vida que escapaba. Cada tarde, escrupulosamente, con una conciencia maniática, me puse a llevar una especie de

diario; era lo contrario de un diario íntimo; yo no consignaba allí sino hechos "objetivos": la hora del despertar, en qué había empleado el tiempo, mis traslados, mis compras, el progreso —evaluado en líneas o en páginas— de mi trabajo, las personas que había encontrado o simplemente visto, el detalle de lo que había cenado en tal o cual restaurante, mis lecturas, los discos que había escuchado, las películas que había visto, etcétera. → ¿y converses?

Este pánico de perder mis huellas fue acompañado por el furor de conservar y clasificar. Guardaba todo: las cartas con sus sobres, los programas de cine, los pasajes de avión, las facturas, el talón de los cheques, los prospectos, los recibos, los catálogos, las convocatorias, los semanarios, los filtros secos, los encendedores vacíos, y hasta las cuentas de gas y electricidad de un apartamento donde no vivía desde hacía más de seis años, y a veces pasaba un día entero ordenando, imaginando una clasificación que ocuparía cada año, cada mes, cada día de mi vida.

Hacía mucho tiempo que había hecho lo mismo con mis sueños. Mucho antes del comienzo del análisis, había empezado a despertarme de noche para anotarlos en libretas negras de las que nunca me separaba. Muy pronto tuve tanta práctica que los sueños me llegaban escritos, con el título incluido. Pese al gusto que aún conservo por estos enunciados secos y secretos donde los reflejos de mi historia parecen llegar a través de innúmeros prismas, he terminado por admitir que estos sueños no habían sido vívidos para ser sueños, sino soñados para ser textos, que no eran la vía regia que yo creía que serían, sino caminos tortuosos que me alejaban cada vez más de un reconocimiento de mí mismo.

Del análisis en sí, tal vez llamado a prudencia por mis ardidés oníricos, no transcribía nada, o casi nada. Un signo en mi agenda —la inicial del analista— marcaba el día y la hora de la sesión. En mi diario yo escribía sólo "sesión", a veces con un adjetivo generalmente pesimista ("triste", "deslucida", "aburrida", "rutinaria", "fastidio-

sa”, “desagradable”, “bastante pesada”, “bastante molesta”, “deprimente”, “ridícula”, “anodina”, “nostálgica”, “débil y deleble”, etcétera).

Excepcionalmente la caracterizaba, a partir de algo que el analista había dicho ese día, por una imagen, por una sensación (por ejemplo “calambre”), pero la mayoría de las anotaciones, fueran positivas o negativas, hoy carecen de sentido y todas las sesiones —con pocas excepciones, aquellas donde afloraron las palabras que llevarían el análisis por la buena senda— se confunden para mí en el recuerdo de esta espera ante el cielo raso, el desasosiego de mi mirada que buscaba sin tregua en las molduras esbozos de animales, cabezas humanas, signos.

Del movimiento que me permitió abandonar estos ejercicios machacones y acuciantes y me brindó acceso a mi historia y a mi voz, sólo diré que fue infinitamente lento: fue el del análisis mismo, pero yo sólo lo supe después. Antes era preciso que se desmoronara esta escritura-caparazón bajo la cual yo enmascaraba mi deseo de escritura, que se erosionara la muralla de los recuerdos hechos, que se desplomaran mis refugios racionantes. Era preciso que yo volviera sobre mis pasos, que retomara ese camino recorrido cuyos hilos había destruido.

De este lugar subterráneo no tengo nada que decir. Sé que tuvo lugar y que, desde entonces, su huella está inscrita en mí y en los textos que escribo. Duró el tiempo en que mi historia se pone en orden: me fue dada un día, con sorpresa, con asombro, con violencia, como un recuerdo restituído a su espacio, como un gesto, como un calor reencontrado. Ese día, el analista oyó lo que yo iba a decirle, lo que, durante cuatro años, él había escuchado sin oír, por la simple razón de que yo no se lo decía, de que yo no me lo decía.

VIII

Me acuerdo de Malet & Isaac

Yo creía conservar intacto el recuerdo de mis viejos manuales de historia; advertí que no quedaba nada de él y cuando intenté evocar ciertos títulos (La Francia de Luis XIV, Los grandes descubrimientos, etcétera), ciertas fórmulas (la defenestración de Praga, la Sanción Pragmática, la Santa Alianza, el bloqueo continental, la Dieta de Augsburgo, los burgos corruptos, la paz de Presburgo, el tratado de Tilsit, el concilio de Trento, el asunto de los venenos, el campo del pabellón de oro, etcétera), ciertas imágenes (el campesino que cargaba a un noble y un sacerdote en los hombros, el mapa de la campaña de Francia en 1814, un peinado femenino con forma de carabela, etcétera), no se me ocurrió prácticamente nada. Fue preciso que investigara y encontrara, casi por casualidad, algunos de estos antiguos libros de texto para que al hojearlos resurgieran de inmediato, a través de esos complicados diseños de página donde apartados, negritas y bastardillas trazan el cuadro inmutable de una pedagogía segura de sus principios, varios siglos de nuestra historia tal como la han repetido generaciones de estudiantes.

Las transcripciones siguientes, simple juego de recorte, simple enumeración de títulos, leyendas, palabras claves puestas de relieve, etcétera, ilustran con eficacia, a mi entender, la enseñanza de esta historia fingida donde los acontecimientos, las ideas y los (grandes) hombres encajan en su lugar como piezas de un rompecabezas.

Títulos

(Malet, la época contemporánea, capítulo XX)

LA EXPANSION EUROPEA

I. FORMACION DEL IMPERIO COLONIAL INGLES

FORMACION DEL IMPERIO INGLES - LA CONQUISTA DE LA INDIA - REBELION DE LOS CIPAYOS - LA INDIA ACTUAL - CONQUISTAS ALREDEDOR DE LA INDIA - OCUPACION DE EGIPTO - CONQUISTA DEL SUDAN EGIPCIO - LOS INGLESSES EN AFRICA DEL SUR - RHO-DESIA - CONQUISTA DE ORANGE Y EL TRANSVAAL - AFRICA ORIENTAL, NIGERIA - LA FEDERACION CA-NADIENSE - LA FEDERACION AUSTRALIANA - EL IM-
PERIALISMO INGLES

II. FORMACION DEL IMPERIO COLONIAL FRANCES

FORMACION DEL IMPERIO FRANCES - ARGELIA AN-
TES DE LA CONQUISTA - CAUSAS DE LA GUERRA -
TOMA DE ARGEL - LA OCUPACION LIMITADA - LA
CONQUISTA - TOMA DE CONSTANTINA - ABD-EL-KA-
DER - BUGEAUD - TOMA DE LA SMALA; L'ISLY - EL
FIN DE LA CONQUISTA - OCUPACION DE TUNEZ - LA
OBRA DE FRANCIA - EL SUDAN FRANCES - LA CON-
QUISTA - EL SAHARA - EL CONGO FRANCES - LA UNI-
DAD DEL IMPERIO AFRICANO - MADAGASCAR - LA
CONQUISTA - LA INDOCHINA FRANCESA - LA CON-
QUISTA - ADQUISICION DE LA COCHINCHINA - PRIME-
RA CONQUISTA DE TONKIN - GUERRA CON LA CHINA -
LA INDOCHINA ACTUAL - VALOR DE LAS COLONIAS
FRANCESAS

III. EMIGRACION Y COMERCIO EN ALEMANIA

LA EMIGRACION ALEMANA - LAS COLONIAS ALEMA-
NAS - LA INDUSTRIA ALEMANA - EL COMERCIO ALE-
MAN - LA MARINA MERCANTE - LA POLITICA COMER-
CIAL - EL MOVIMIENTO PANGERMANISTA

Apartados

(Malet, Historia moderna, curso de segundo, capítulo IX)

EL RENACIMIENTO

LOS ARTISTAS, LOS HUMANISTAS, LOS ESCRITORES EN ITALIA Y EN FRANCIA

I. RENACIMIENTO . CARACTERISTICAS

Las causas del Renacimiento - Los mecenas

II. EL RENACIMIENTO EN ITALIA

Los humanistas - Los escritores - Los artistas - Los pintores - Leonardo da Vinci - Bramante - Miguel Angel - Miguel Angel escultor - Miguel Angel pintor - Miguel Angel arquitecto - Muerte de Miguel Angel - Rafael - Andrea del Sarto - Los pintores del Norte. Características - Giorgione, Tiziano - Correggio - El Tintoretto, Paolo Veronese - Las artes menores - Las costumbres en tiempos del Renacimiento.

III. EL RENACIMIENTO EN FRANCIA

Carácter del Renacimiento francés - El humanismo en Francia - El Colegio de Francia - Los escritores contemporáneos de Francisco I - Los escritores de la segunda mitad del siglo - Los artistas - Los pintores - Los arquitectos - Los arquitectos de inspiración clásica - Blois, Le Lude y el Louvre - Los escultores de tradición francesa - Los escultores clásicos - Las artes menores - Transformación de la condición de los artistas.

IV. EL RENACIMIENTO EN ALEMANIA

Alemania y el humanismo - Erasmo - Las artes - Alberto Durer - Holbein - La primacía de Italia.

Bastardilla

(Malet, siglo XVIII, Revolución, Imperio, clase de primero,
capítulo XII: Francia en 1789)

Territorialmente

*Políticamente absoluta centralizada El monarca habla.
Todo es pueblo y todo obedece organización administrativa muy
confusa no estaba unificada*

*Sociedad desigualdad tres clases privilegiadas no privile-
giada*

*Rey hereditario ley sálica
derecho divino*

absoluta

arbitraria censura confiscación carta cerrada

casa militar casa civil

boca del rey

“La Corte era la tumba de la Nación”

Canciller Contralor general de las finanzas Casa del rey

Relaciones exteriores Guerra Marina ministro primer ministro

Consejo de Estado Consejo superior Consejo de finanzas

Consejo de los despachos Consejo de los partidos

Gobierno central

Gobernaciones generalidades intendencias

40 gobernaciones gobernadores

36 generalidades intendentes monarquía centralizada

elecciones diócesis bailías subdelegados

no era una monarquía unificada

pértiga

*País de estados países de elección sietes tarifas diferen-
tes gabela*

derecho escrito derecho consuetudinario

cinco grandes granjas provincias extranjeras rasgos

“sino una suma desarticulada de pueblos desunidos”

cuadernos

justicias señoriales bailía, senescalía

Corte de los auxiliares

tribunales Parlamentos

recursos un tercio

propietarios de sus cargos venalidad de los cargos especias

cuestión preparatoria cuestión previa

“Los gastos del rey no pueden ser reglamentados por sus ingresos, sino por sus gastos”

lo extraordinario

la talla capitación vigésimas

talla talla real personal arbitraria talla personal presunta capitación

vigésimo décimo un quinto

“redimido” abonados 1 por 100-1,1

10 por 100-9,9

Al menos la mitad de lo que ganaban el burgués, el obrero, el campesino iba a las arcas del Estado.

impuestos indirectos gabela auxiliares granjeros generales gabela país redimido provincia franca gabela grande gabela pequeña sal del deber

aduaneros contrabando de sal

impuesto

desigualdad órdenes clerecía nobleza tercer estado privilegiados honoríficos reales

regular secular oficialidades

imposible de evaluar con precisión tres millares diezmo derechos feudales

décimas don gratuito don de oblato un millar y medio

alta clerecía comandatorios

baja clerecía curas o vicarios curas titulares

grandes diezmeros párrocos la porción congrua

nobleza de espada nobleza de hábito gentilhombres ennoblecidos nobleza de corte pequeña nobleza nobleza de provincias

impuesto feudal peajes derechos feudales privilegios reales privilegios honoríficos

nobleza de hábito

“golillas”

Ella se alcanzaba directamente por el desorden financiero transformación política

igualdad reforma social Sieyes

colonos jornaleros aparceros colono jornalero aparceros censatarios

“el mulo del Estado” impuesto derechos feudales impuesto derechos feudales

Las tres cuartas partes de su ingreso se le dejaba apenas un quinto del producto de su trabajo un franco el kilogramo

Imagen y leyenda

(Malet, Historia moderna, p. 417)

CARLOS IX (1550-1574)

Según el retrato pintado por François Clouet.

Museo del Louvre. Fotografía de Braun

Carlos IX tiene diecinueve años; pálido, de ojos amarillos, cejas y cabello rubio, una sombra de bigote, y ligeras patillas forma de pata de conejo. La fisonomía es inteligente, pero tiene algo de móvil y de inquieto que delata la naturaleza nerviosa, la voluntad débil, fácil de conmover y dominar. Este retrato, preciso como una miniatura, es una de las mejores obras de François Clouet, el único pintor importante del Renacimiento francés. Viste un bonito atuendo de la segunda mitad del siglo dieciséis. Jubón de terciopelo negro con gorguera encañonada y mangas colgantes en ala, finamente bordado de oro. Casaca —sólo se ven las mangas— y calzas ahuecadas, en satén blanco briscado con oro; calzas ceñidas como una malla. Collar de perlas y pepitas de oro caladas, terminado en una cruz. Tocado de terciopelo negro, calado sobre la oreja, con rubíes y penacho de plumas blancas. Sillón rojo de estilo Enrique II, con pasamanerías, cairel y tachones de plata. Cortines de satén verde.

Letras en negrita

(Malet-Isaac, El mundo en el siglo XIX, enseñanza primaria superior, tercer año: revisión general del curso, pp. 280-309)

Las naciones modernas en Europa occidental Francia
Felipe Augusto San Luis Felipe el Hermoso Carlos VII
Luis XI
Inglaterra Carta Magna Parlamento
España casamiento
Alemania Habsburgo de Austria corona electiva

Los grandes inventos y los descubrimientos marítimos brújula pólvora para cañones papel de trapo imprenta Díaz 1487 Vasco de Gama 1498 Cristóbal Colón 1492 Magallanes

El Renacimiento humanistas Copérnico De Vinci Miguel Ángel Rafael castillos Marot Rabelais Ronsard Montaigne Reforma Lutero Calvino anglicanismo Concilio de Trento Compañía de Jesús

La monarquía francesa de 1498 a 1559. Luis XII Francisco I Enrique II corte soberanos absolutos Concordato Consejo privado

La lucha contra la casa de Austria guerras de Italia Marignan imperio de Carlos Quinto Pavia tratado de Cateau-Cambresis

Las guerras religiosas Catalina de Médicis Miguel del Hospital Francisco de Guisa matanza de San Bartolomé Coligny Santa Liga Enrique de Guisa Felipe II Enrique IV Edicto de Nantes

La restauración de la autoridad real Richelieu Mazarino La Fronda

La monarquía absoluta Luis XIV

Las cuestiones religiosas en el siglo XVII gracia de Alais Revocación del Edicto de Nantes Jansenistas

La preponderancia francesa en la Europa del siglo XVII guerra de los Treinta Años Gustavo Adolfo Condé Turenne Tratados de Westfalia tratados de los Pirineos guerra de devolución guerra de Holanda guerra de la liga de Augsburgo guerra de la sucesión española Utrecht

La vida económica en la Francia del siglo XVII Colbert

El movimiento intelectual en el siglo XVII Corneille Racine Descartes Pascal Molière La Fontaine Bossuet Velázquez Rubens Rembrandt Kepler Descartes Pascal Galileo Huygens Leibnitz Newton

Francia y Europa en 1715 Guillermo de Orange Reino de Prusia Pedro el Grande poder ruso

Francia bajo Luis XV Regencia Law cardenal Fleury Pompadour Du Barry conflictos con el Parlamento

Las nuevas ideas Locke Montesquieu Voltaire Diderot Rousseau salones Enciclopedia economistas despotismo ilustrado José II

La política exterior francesa en el siglo XVIII guerra de la sucesión de Polonia guerra de sucesión de Austria Fontenoy

Federico II Trastrocamiento de las alianzas Dupleix guerra de los Siete Años Rosbach Leuthen repartición de Polonia Viajes de exploración Cook

Luis XVI Las preliminares de la revolución Turgot la guerra en Norteamérica Washington independencia de los Estados Unidos Necker crisis financiera Estados Generales

Causas generales de la Revolución Francesa; Francia en 1789 repartición desigual de los impuestos derechos feudales

Los Estados Generales; la Constituyente (1789-1791) el 17 de junio Asamblea Nacional el 20 de junio juramento del juego de la pelota Asamblea Constituyente el 14 de julio noche del 4 de agosto Declaración de los derechos del hombre 5-6 de octubre fiesta de la Federación Constitución civil de la clerecía el rey intenta escapar

La Asamblea legislativa y la guerra (1791-1792) Girondinos Jacobinos el 20 de abril de 1792 el ministerio girondino declara la guerra el 20 de junio de 1792 manifiesto de Brunswick jornada del 10 de agosto matanzas de setiembre Valmy

La Convención (1792-1795) Abolición de la realeza Girondinos Montagnards Jemmapes coalición Vendée Gobierno revolucionario Robespierre el régimen del Terror Carnot Fleurus el 9 de termidor tratados de Bâle y de La Haya creaciones escolares Constitución de 1793 Constitución del año III

El Directorio (1795-1799) Bonaparte campaña de Italia paz de Campo-Formio golpe de Estado del 18 de fructidor golpe de Estado del 22 de floreal expedición de Egipto segunda coalición

Zurich golpe de Estado del 18-19 de brumario

El régimen napoleónico (1799-1815) Constitución del año VIII el Consulado consulado vitalicio el emperador Napoleón I reorganización administrativa Código Civil concordato

La política exterior de Napoleón Marengo Hohenlinden Tratado de Lunéville Tratado de Amiens Campo de Bolonia tercera coalición Ulm Austerlitz Trafalgar Tratado de Presburgo cuarta coalición Auerstaedt bloqueo continental Eylau Friedland tratados de Tilsit guerra de España quinta coalición Wagram tratado de Viena sexta coalición Moscova Retirada de Rusia séptima coalición Leipzig campaña de Francia abdicar

La Restauración y los Cien Días tratado de París Congreso de Viena Cien días Waterloo abdicar segundo tratado de París

El gobierno de la Restauración (1815-1830) Carta de 1814
ultras constitucionalistas independientes Terror blanco Decazes
Carlos X Ordenanzas de julio Revolución del 27, 28, 29 de julio
La monarquía de julio (1830-1848) carta de 1814 revisada
legitimistas republicanos partido de la resistencia Guizot par-
tidos católicos y socialistas Revolución de febrero de 1848
La política exterior francesa de 1815 a 1848 Santa Alianza
Metternich Navarino la 'entente cordiale' independencia de Bél-
gica crisis oriental de 1840 expedición de la toma de Argel ocu-
pación limitada Abd-el-Kader ocupación extendida Constantino
conquista total Bugeaud Isly

Los lotros



Camboya Tonkín Anam

El movimiento científico en la Francia de la segunda mitad del siglo XIX Sainte-Claire Deville Wurtz Pasteur Berthelot Claude Bernard Pasteur Renard aviación

Europa después de 1815, la Santa Alianza Santa Alianza Metternich política de congreso y de intervención Congreso de Carlsbad y Viena Congreso de Laybach, de Verona La revolución de 1830 Independencia de Bélgica

La unidad italiana (1859-1870) 1848 Custoza Novara Cavour guerra victoriosa contra Austria (1859) Garibaldi rey de Italia Venecia cuestión romana

La unidad alemana (1866-1871) 1848 Parlamento de Francfort Unión limitada retirada de Olmutz Bismarck el asunto de los ducados Sadova Confederación de Alemania del Norte guerra contra Francia emperador alemán

La cuestión de Oriente en el siglo XIX insurrección servia insurrección griega guerra ruso-turca el asunto de Egipto guerra de Crimea guerra de los Balcanes Congreso de Berlín unidad búlgara guerra greco-turca revolución turca

La Europa contemporánea: las alianzas y la paz armada unión de los tres emperadores triple alianza alianza francorrusa unión anglofrancesa, paz armada

Los orígenes del régimen constitucional Revolución de 1688 soberanía del pueblo parlamentario Revolución Norteamericana Revolución Francesa

La monarquía parlamentaria; Inglaterra reforma de 1832 cuestión de Irlanda

Las repúblicas, Francia y Suiza Francia 1875 República parlamentaria Suiza gobierno directo

Las repúblicas, América y Australia Los Estados Unidos inmigración guerra de Secesión doctrina Monroe América Latina Independencia guerras civiles República Argentina Australia desarrollo de las instituciones democráticas legislación de tendencias socialistas.

Las monarquías federativas, Alemania y Austria-Hungría Alemania Bismarck partido católico Kulturkampf partido socialista Guillermo II Alsacia-Lorena Austria-Hungría reivindicación de las nacionalidades régimen dualista checos

Las últimas monarquías absolutas Rusia autocracia Nicolás I, Alejandro II, emancipación de los siervos partido terrorista

1905 agitación revolucionaria Turquía dos revoluciones 1876
1908 China despotismo patriarcal República Japón monarquía feudal Shogún Revolución de 1868

Las transformaciones económicas gran industria ferrocarriles buques de vapor telégrafo teléfono telegrafía sin hilos papel moneda régimen proteccionista

La repartición de Africa conferencia de Berlín Francia Marruecos Inglaterra Bóers guerra del Transvaal Egipto Bélgica Estado independiente del Congo Alemania España Portugal Italia

Los europeos en Asia conquista inglesa de la India rusos Asia central Francia guerra del opio expedición anglofrancesa guerra de Corea insurrección de los bóxers guerra de Manchuria

La política colonial colonias autónomas cuestión indígena grandes vías férreas

La evolución social trata de negros esclavitud servidumbre cuestión negra cuestión agraria libertad de cultos separación de la Iglesia y el Estado enseñanza primaria obligatoria gratuita servicio militar obligatorio

El movimiento socialista doctrinas socialistas partidos socialistas sindicatos cooperativos legislación obrera

IX

81 recetas de cocina para principiantes

LENGUADO AL CHAMPIÑÓN: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando con frecuencia. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con neguilla.

CONEJO AL NOILLY: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir con comistrajo.

MOLLEJA "A MI MANERA": Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con huevos batidos a punto nieve muy firme.

LENGUADO A LA CREMA: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con estragón.

MOLLEJA FLAMENCA: Cortar en tajadas finas cuatro mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear generosamente con azúcar.

CONEJO A LA BORGOÑONA: Untar generosamente dos gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de salsa borgoñona.

MOLLEJA A LA ABUELA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsera de salsa de alcaparras.

GAZAPO A LA MOSTAZA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con *crêpes vonnassiennes*.

LENGUADO AL NOILLY: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con tomillo fresco.

MOLLEJA A LA CREMA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar la cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa holandesa con nata batida.

CONEJO AL NABO: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con nabos *glacés*.

LENGUADO AL HORNO: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en el horno durante 40 minutos y rociar frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir con una salsa de mantequilla blanca.

LENGUADO PRIMAVERAL: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con guisantes.

MOLLEJA AL CHAMPIÑÓN: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón; Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando con frecuencia. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con cebolleta.

CONEJO AL ROQUEFORT: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con trocitos de roquefort.

CONEJO A LA SAIGONESA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsa de *nuoc mam*.

LENGUADO A LA ACEDERA: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Servir con un puré de acedera.

MOLLEJA BEARNESA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsa de salsa bearnesa.

CONEJO AL CARDO: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con cardos.

LENGUADO CHORON: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsa de salsa Choron.

MOLLEJA A LA ITALIANA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con parmesano.

LENGUADO "A L'ÉTOUFFÉE": Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con romero.

GAZAPO A LA MOSCOVITA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso

en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa del diablo.

LENGUADO "SANS-FAÇON": Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con finas hierbas.

MOLLEJAS CURNONSKEY: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Servir con brócoli.

CONEJO CON SALCHICHA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Entibiar al Noilly. Servir con salchichas.

LENGUADO SOUBISE: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa soubise.

MOLLEJA A LA CACEROLA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una cacerola cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con corazones de alcachofa.

CONEJO AL PISTACHO: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previa-

mente calentada y espolvorear abundantemente con pistachos pelados.

MOLLEJA "AURORE": Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de salsa aurore.

CONEJO AL COMINO: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con comino.

SUPREMA DE LENGUADO: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con espárragos.

MOLLEJA ISLAS SEYCHELLES: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con coco rallado.

CONEJO A LA PROVENZAL: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsera de alioli.

MOLLEJA SORPRESA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir con un sorbete con té.

LENGUADO ASADO AUVERNES: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir con lentejas.

MOLLEJAS MEFISTO: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsa de salsa picante.

LENGUADO "CAFÉ DE PARIS": Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsa de salsa blanca.

CONEJO A LA ALBAHACA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con albahaca.

MOLLEJA A LA LIONESA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsa de salsa verde.

GAZAPO SALTEADO "VAL D' AOSTA": Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con anís en granos.

FILETES DE LENGUADO A LA BRUSELENSE: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de salsa holandesa.

LENGUADO CHACINERO: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con compota de manzanas.

MOLLEJA AL AZAFRÁN: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con azafrán.

CONEJO A LA ALSACIANA: Untar generosamente 2 gazaos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con pastas frescas.

MOLLEJA SAN SILVESTRE: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con castañas.

FILETES DE LENGUADO BAJAS CALORÍAS: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir con acelga.

MOLLEJA A LA PERIGORD: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas

nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con puré de apio.

CONEJO A LA ALMENDRA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con almendras pisadas.

LENGUADO DE LAS LANDAS: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con berenjenas gratinadas.

CONEJO A LA TURONENSE: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de salsa de tomate.

MOLLEJA FLAMENCA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsera de mayonesa.

GAZAPO A LA HUNGARA: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con paprika.

LENGUADO : "BONNE-FEMME": Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con zanahorias Vichy.

MOLLEJA LUIS XIV: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con perifollo.

LENGUADO A LA INGLESA: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsa de rábano blanco.

CONEJO AL CACAHUATE: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con cacahuete en polvo.

MOLLEJA CON ARROZ: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con arroz con leche.

LENGUADO AL CHALOTE: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con chalotes picados.

GAZAPO BERCY: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego lento en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsa de salsa bercy.

MOLLEJA DE BERNA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en

una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con queso gruyère rallado.

GAZAPO "HAPPY FEW": Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego lento en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de salsa inglesa.

LENGUADO ESTRABURGUÉS: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con briznas de perejil frito.

CONEJO ASADO: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa blanca.

LENGUADO "A LA PAIMPOLAISE": Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir con coliflor gratinada.

MOLLEJA PRINCESA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa Mornay.

LENGUADO MAÎTRE D'HÔTEL: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias

trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsera de mantequilla *maitre d'hotel*.

CONEJO ASADO GRENOBLENSE: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir con patatas saboyenses.

MOLLEJAS CON PURÉ DE BERRO: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir un 1 dl de crema doble. Servir con puré de berro.

LENGUADO STRAVINSKY: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsera de salsa bordelesa.

GAZAPO "VILLE D'OUEST": Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Servir aparte una salsera de salsa tártara.

LENGUADO A LA ANTIGUA: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con nuez moscada rallada.

MOLLEJA A LA AMERICANA: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones.

Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con pimienta de cayena.

CONEJO "SANS-SOUCE": Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con patatas a la inglesa.

MOLLEJA GRAN SEÑOR: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Iniciar cocción a fuego lento en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Preparar al Noilly. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con cáscara de limón verde rallada muy fina.

MOLLEJAS AL NOILLY: Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Poner en horno moderado durante 40 minutos rociando frecuentemente. Preparar al Noilly. Servir aparte una salsa de mayonesa con mostaza.

LENGUADO EXÓTICO: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Iniciar cocción a fuego intenso en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con canela. *miel y pimienta negra*

CONEJO "GRAND HÔTEL DE PARIS": Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Iniciar cocción a fuego lento en una sartén grande, luego bajar la llama y cocer a fuego lento. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir con salsifíes fritos.

LENGUADO AL HORNO A LA NORMANDA: Cortar en crudo los filetes de 2 lenguados grandes. Poner en horno moderado durante 40 minutos, rociando frecuentemente. Fuera del fuego añadir 1 dl de crema doble. Servir aparte una salsa de mantequilla derretida.

MOLLEJA ASADA "YORKSHIRE": Cortar en tajadas finas 4 mollejas previamente maceradas en agua con limón. Ponerlas en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. Preparar al Noilly. Servir con *pudding* de Yorkshire.

CONEJO DE BERRY: Untar generosamente 2 gazapos con mostaza fuerte. Ponerlos en una olla cuyo fondo habremos guarnecido con lonjas de tocino, zanahorias trozadas, tomates frescos y cebollas nuevas. A media cocción añadir 250 g de champiñones de París. Presentar en fuente previamente calentada y espolvorear abundantemente con pan rallado.

X

Leer: bosquejo sociofisiológico

Las páginas que siguen sólo pueden consistir en notas: una acumulación, más intuitiva que organizada, de hechos dispersos que sólo excepcionalmente remiten a un saber constituido; pertenecerían más bien a esos dominios poco favorecidos, esos eriales de la etnología descriptiva que Marcel Mauss evoca en su introducción a las "técnicas del cuerpo" (cf. *Sociologie et Anthropologie*, París, P.U.F., 1950, pp. 365 ss.), los cuales, ordenados bajo el rubro "varios", constituyen zonas de emergencia sobre las que sólo sabemos que no sabemos mucho, pero donde presentimos que podríamos encontrar mucho si nos dignáramos prestar cierta atención: hechos triviales, observados en silencio, pasados por alto, que se dan por sentados: no obstante nos describen, aunque creamos que podemos prescindir de describirlos; remiten, con mucha más agudeza y presencia que la mayoría de las instituciones e ideologías de que suelen nutrirse los sociólogos, a la historia de nuestro cuerpo, a la cultura que modeló nuestros gestos y posturas, a la educación que moldeó nuestros actos motores no menos que nuestros actos mentales. Así ocurre, precisa Mauss, con el andar y la danza, con la carrera a pie y el salto, con los modos de reposo, las técnicas de transporte y lanzamiento, los modales del comensal y los modales de la alcoba, las formas exteriores de respeto, la higiene corporal, etcétera. Así ocurre también con la lectura.

Leer es un acto. Quisiera hablar de este acto, y sólo de este acto, de aquello que lo constituye, de aquello que lo rodea, no de aquello que lo produce (la lectura, el texto leído), ni de aquello que lo precede (la escritura y sus opciones, la edición y sus opciones, y la impresión y sus opciones, la difusión y sus opciones, etcétera), algo así, en síntesis, como una economía de la lectura en sus aspectos ergológicos (fisiología, trabajo muscular) y sociológicos (su ambientación espacio-temporal).

Hace varias décadas que toda una escuela moderna de la crítica pone el acento, precisamente, en el cómo de la escritura, en el hacer, la "poiesis". No la mayéutica sagrada, la inspiración tomada de los cabellos, sino el negro sobre el blanco, la textura del texto, la inscripción, el trazo, el pie de la letra, el trabajo minúsculo, la organización espacial de la escritura, sus materiales (la pluma o el pincel, la máquina de escribir), sus soportes (Valmont a la presidenta de Tourvel: "*La mesa donde le escribo a usted, consagrada por primera vez a este uso, se convierte para mí en el altar sagrado del amor. . .*"), sus códigos (puntuación, sangrías, párrafos, etcétera), su autor (el escritor escribiendo, sus lugares, sus ritmos; los que escriben en el café, los que trabajan de noche, los que trabajan al alba, los que trabajan los domingos, etcétera).

Queda por hacer, a mi juicio, un trabajo similar sobre el aspecto eferente de esta producción: el lector haciéndose cargo del texto. No se trata de concentrarse en el mensaje captado sino en la captación del mensaje en su nivel elemental, lo que sucede cuando leemos: los ojos que se posan en las líneas, y su recorrido, y todo lo que acompaña este recorrido: la lectura llevada a lo que es en primer lugar: una actividad precisa del cuerpo, la participación de ciertos músculos, diversas organizaciones posturales, decisiones secuenciales, opciones temporales, todo un conjunto de estrategias insertadas en el continuum de la vida social, y que hacen que no leamos de cualquier

manera, ni en cualquier momento, ni en cualquier lugar, aunque leamos cualquier cosa.

I. El cuerpo

Los ojos

Leemos con los ojos.¹ Lo que hacen los ojos mientras leemos tiene una complejidad que excede mi competencia y el marco de este artículo. De la abundante literatura que se ha consagrado a tal cuestión desde principios de siglo (Yarbus, Stark, etcétera), podemos extraer esta certidumbre elemental, pero fundamental: los ojos no leen las letras una tras otra, ni las palabras una tras otra, ni las líneas una tras otra, sino que proceden por tirones y fijaciones, explorando simultáneamente la totalidad del campo de lectura con una redundancia obstinada: recorridos incesantes puntuados de detenciones imperceptibles como si, para descubrir lo que busca, el ojo debiera barrer la página con intensa agitación, no regularmente, a la manera de una antena de televisión (como podría hacer pensar la idea de barrido), sino de manera aleatoria, desordenada, repetitiva, o, si se prefiere, ya que estamos en plena metáfora, como una paloma que picotea el suelo en busca de migajas de pan. Esta imagen es por cierto algo sospechosa, pero no obstante me parece característica, y no titubeo

¹ Excepto los ciegos, que leen con los dedos. Excepto también, aquellos a quienes leemos: en las novelas rusas, las duquesas con sus damas de compañía, las damas francesas de buena familia arruinadas por la revolución; en las novelas de Erckmann-Chatrion, los campesinos que no saben leer, reunidos al anochecer (gran mesa de madera, escudillas, pichales, gatos junto a la chimenea, perros junto a la puerta) alrededor de alguien que lee la carta del hijo herido en la guerra, la Biblia o el almanaque; o los abuelos de Maurice, a quienes Daudet visita mientras una huerfanita deletrea la vida de san Ireneo. "*De-in-me-dia-to-dos-leones-se-lan-zan-so-bre-él-y-lo-de-vo-ran...*"

en extraer de ella algo que podría ser el punto de partida de una teoría del texto: leer es ante todo extraer de un texto elementos significantes, migajas de sentido, algo así como palabras clave que destacamos, comparamos, encontramos. Al verificar que están allí sabemos que estamos en el texto, que lo identificamos, que lo autentificamos, estas palabras clave pueden ser palabras (en las novelas policiales, por ejemplo; más aun en las producciones eróticas o que presumen de tales), pero también pueden ser sonoridades (rimas), modos de disposición en la página, giros de frase, particularidades tipográficas (por ejemplo, cuando se ponen en bastardilla ciertas palabras en *demasiados* textos de ficción, de crítica, o de crítica-ficción, contemporáneos), o aun secuencias narrativas enteras (Cf. Jacques Duchateau, "Lecture marginale de Peter Cheney", en *La littérature potentielle*, París, Gallimard, "Idées", 1973).

Se trata, en cierto modo, de aquello que los teóricos de la información denominan reconocimiento formal: la busca de ciertos rasgos pertinentes permite pasar de esta sucesión lineal de letras, de espacios y de signos de puntuación que es ante todo un texto a lo que será su sentido cuando hayamos advertido, en diferentes etapas de la lectura, una coherencia sintáctica, una organización narrativa y lo que denominamos un "estilo".

Fuera de ciertos ejemplos clásicos y elementales, es decir, lexicales (leer es saber de inmediato que la palabra *couvent* ["empollando"; "convento"] designa o bien lo que hacen las gallinas una vez puesto el huevo, o bien un monasterio que Fils Aymon no son *fils à coudre* ["hilos de coser"], no sé con qué protocolos experimentales podríamos estudiar esta labor de reconocimiento; por mi parte, sólo tengo una confirmación negativa: el sentimiento de intensa frustración que me embargó durante mucho tiempo durante la lectura de las novelas rusas (tras enviudar de Anna Mijailovna Drubetskoi, Boris Timofeitch Ismailov pedía la mano de Katerina Lvovna Borissitch; que prefería

a Ivan Mijailov Vasiliev) o cuando, a los quince años, quise descifrar los pasajes presuntamente audaces de las *Joyas indiscretas* (“*Sape turgentem spumantemque admovit ori priapum, simulque appressis ad labia labiis, fellatrice me lingua perfricuit. . .*”).

Cierto arte del texto podría fundarse en el juego entre lo previsible y lo imprevisible, entre la espera y la decepción, la connivencia y la sorpresa: la presencia de giros cuidadosamente precisos salpicados al acaso con expresiones sutilmente triviales o francamente coloquiales (Claudel, Lacan) podría suministrar un ejemplo de ello; o, mejor aún: “*Pero yo agito, usted algo flotará: ¿Una vejiga de zulú, dos dedos de loto?*” (Jean Tardieu, *Un mot pour un autre*) o las metamorfosis de Bolucra (Boulingra, Brelugat, Brolugat, Botugat, Botrulat, Brodugat, Bretoga, Butaga, Brelogat, Bretouilla, Brodrugat, etcétera) en *Le dimanche de la vie*.²

Cierto arte de la lectura —y no sólo la lectura de un texto, sino lo que llamamos la lectura de un cuadro, o la lectura de una ciudad— podría consistir en leer de costado, en llevar al texto una mirada oblicua (aunque ya no se trata de la lectura en su nivel fisiológico: ¿cómo enseñar a los músculos extraoculares a “leer de otro modo”?).

La voz, los labios

Se considera grosero mover los labios al leer. Nos han enseñado a leer haciéndonos leer en voz alta, luego

² Creo que hay dos citas apropiadas para precisar lo precedente y para ampliar sus alcances; la primera pertenece a Roger Price (*El cerebro de pamplinas*): “*Un libro purgado (no confundir con un libro expurgado ni con un libro no expurgado) es un libro donde el editor añadió con lápiz cierta cantidad de palabras obscenas*”; la segunda pertenece a *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes: “*Hébert jamás comenzaba un número de Père Duchêne sin intercalar algunas interjecciones insultantes. Estas groserías no significaban nada, pero señalaban*”.

hubo que desaprender lo que nos describieron como una mala costumbre, sin duda porque pone en evidencia la aplicación y el esfuerzo.

Ello no impide que los músculos cricoaritenoides y cricotiroideos, tensores y constrictores de las cuerdas vocales y de la glotis, estén activos mientras leemos.

La lectura permanece inseparable de sus mímicas labiales y sus actividades vocales (hay textos que sólo deberían ser murmurados o susurrados; otros, que sería preciso poder gritar o martillar).

Las manos

No sólo los ciegos tienen inconvenientes para leer. También están los mancos: no pueden volver las páginas.

Las manos sólo sirven para volver las páginas. La difusión de los libros guillotínados priva al lector de hoy de dos grandes placeres: el de cortar las páginas (aquí, si yo fuera Sterne, intercalaría un capítulo sobre la gloria de los cortapapeles, desde el cortapapel de cartón obsequiado por las librerías cada vez que comprábamos un libro, hasta el cortapapel de bambú, de piedra pulida, de acero, pasando por los cortapapeles con forma de cimitarra —Túnez, Argelia, Marruecos—, de espada de matador —España—, de sable de samurai —Japón— y por esas cosas horribles enfundadas en cuerina que constituyen, con diversos objetos de la misma índole —tijeras, portaplapiceras, caja de lápices, calendario universal, agenda, carpeta con secante, etcétera—, lo que denominamos un “juego de escritorio”); y el placer, aun mayor, de comenzar a leer un libro sin haber cortado las páginas. Recordemos (no hace tanto tiempo de esto) que los libros estaban plegados de tal modo que las páginas a cortar se alternaban así: ocho páginas donde había que cortar primero el borde superior, y luego, en dos etapas, los bordes laterales. Las ocho primeras se podían leer casi totalmente sin cortapapel; de las otras ocho podíamos leer, por supuesto, la primera y la

última, y, levantándolas, la cuarta y la quinta. Pero nada más. Había en el texto lagunas que reservaban sorpresas y suscitaban expectativas.

Posturas

La posturología de la lectura está demasiado relacionada con las condiciones ambientales (que examinaré en un instante) como para que podamos abordarla por sí sola. Sería empero una búsqueda fascinante, intrínsecamente ligada a una sociología del cuerpo, y no podemos menos que asombrarnos de que ningún sociólogo ni antropólogo se haya interesado en emprenderla (a pesar del proyecto de Marcel Mauss que mencioné al principio de este artículo). En ausencia de todo estudio sistemático, no podemos sino bosquejar una enumeración sumaria: leer de pie (es el mejor modo de consultar un diccionario); leer sentado, pero hay muchas maneras de estar sentado: los pies en el suelo, los pies más altos que el asiento, el cuerpo reclinado (sofá, canapé), los codos apoyados en la mesa, etcétera;

leer acostado, acostado de espaldas, acostado de bruces, acostado de costado, etcétera,

leer de rodillas (los niños que hojean un libro de figuras, ¿los japoneses?)

leer en cuclillas (Marcel Mauss: *“Estar en cuclillas es, a mi entender, una posición interesante que podríamos conservar en un niño. Desalentarla es un grave error. Toda la humanidad, excepto nuestras sociedades, la ha conservado”*);

leer caminando. Pensamos ante todo en el cura que toma fresco mientras lee el breviario. Pero también está el turista que deambula por una ciudad extranjera con un plano en la mano, o que pasa ante los cuadros del museo leyendo la descripción que brindan las guías. O bien

caminar por la campiña, libro en mano, leyendo en voz alta. Me parece que es cada vez más infrecuente.

II. El entorno

I have always been the sort of person who enjoys reading. When I have nothing else to do, I read.

CHARLIE BROWN

Podemos distinguir, muy burdamente, dos categorías de lectura, las que acompañan otra ocupación (activa o pasiva), y las que sólo se acompañan a sí mismas. La primera sería adecuada para un señor que hojea una revista mientras espera su turno en el consultorio del dentista, la segunda sería adecuada para el mismo señor cuando, una vez en su casa, en paz con su dentadura, se sentara ante la mesa para leer los *Recuerdos de una embajada en China* del marqués de Moges.

En este caso leemos por leer, y la lectura es la única actividad de un momento determinado. Tenemos un ejemplo en los lectores sentados en la sala de lectura de una biblioteca; la biblioteca, además, es un sitio específicamente destinado a la lectura, uno de los únicos lugares donde la lectura es una ocupación colectiva (leer no es necesariamente una actividad solitaria, pero suele ser una actividad individual; suele ocurrir que leamos de a dos, sien contra sien, o por encima del hombro de otro, o que releamos, para otras personas, en voz alta; pero la idea de varias personas que leen lo mismo al mismo tiempo tiene algo de sorprendente: "Gentlemen en un club, leyendo el *Times*; un grupo de campesinos chinos estudiando el *Libro rojo* de Mao."

Otro ejemplo me parece cabalmente ilustrado por una foto publicada hace años en *L'Express* en ocasión de un estudio de conjunto sobre las ediciones en Francia: ella

representa a Maurice Nadeau, apoltronado en un cómodo diván, rodeado por pilas de libros más altas que él.

O bien un niño leyendo o tratando de leer el capítulo de historia natural sobre el cual teme que le pregunten al día siguiente.

Podríamos multiplicar los ejemplos sin dificultad. Creo que todos se vinculan cada vez que este "leer por leer" se asocia con una actividad de estudio, con algo que está en el orden laboral o profesional, en todo caso en el orden de la necesidad. Claro que se requeriría mayor precisión y, en particular, el hallazgo de criterios más o menos satisfactorios para distinguir el trabajo del no-trabajo. En el actual estado de cosas creo pertinente establecer este distingo: por una parte, la lectura que llamaremos profesional, a la cual hay que consagrarse por entero, convertir en objeto único de una hora o de un día; por la otra, una lectura que llamaremos del ocio, que siempre va acompañada por otra actividad.

Para el propósito que me ocupa, esto es lo que más me llama la atención en las maneras de leer: no que la lectura se considere como una actividad ociosa, sino que en general no pueda existir sola, es preciso que esté insertada en otra necesidad; es preciso que otra actividad la soporte: la lectura se asocia con la idea de un tiempo que se debe llenar, un tiempo muerto que se debe aprovechar para leer. Tal vez esta actividad portadora no sea sino el pretexto de la lectura, ¿pero cómo saberlo? Un señor que lee en la playa, ¿está en la playa para leer o lee porque está en la playa? ¿Acaso el frágil destino de Tristram Shandy le importa más que la insolación que está por sufrir en las pantorrillas? ¿No conviene, en todo caso, interrogar estos ámbitos de la lectura? Leer no es sólo leer un texto, descifrar signos, recorrer líneas, explorar páginas, atravesar un sentido; no es sólo la comunión abstracta entre autor y lector, la boda mística de la Idea y el Oído. Es, al mismo tiempo, el ruido del metro, o el bamboleo de un vagón de

ferrocarril, o el calor del sol en una playa y los niños que juegan un poco más lejos, o la sensación del agua caliente en la bañera, o la espera del sueño. . .

Un ejemplo me permitirá precisar el sentido de esta interrogación que por otra parte podemos considerar, con todo derecho, absolutamente ociosa: hace varios años yo cenaba con unos amigos en un pequeño restaurante (entrada, plato del día, queso o postre); en otra mesa cenaba un filósofo que ya gozaba de justa reputación; cenaba solo, leyendo un texto mimeografiado que seguramente era una tesis. Leía entre un plato y otro, y a menudo entre un bocado y otro, y mis amigos y yo nos preguntamos cuál sería el efecto de esa doble actividad, cómo se mezclaban ambas, qué sabor tenían las palabras y qué sentido tenía el queso: un bocado, un concepto, un bocado, un concepto. . . ¿Cómo se masticaba un concepto, cómo se tragaba, cómo se digería? ¿Y cómo dar cuenta del efecto de este doble alimento, cómo describirlo, cómo mensurarlo?

La enumeración que sigue, bosquejo de una tipología de las situaciones de lectura, no responde sólo al mero placer de enumerar. Creo que puede prefigurar una descripción global de las actividades urbanas en la actualidad. En la enmarañada red de los ritmos cotidianos se insertan por doquier lapsos, fragmentos, playas de lectura, como si los imperativos horarios la hubieran ahuyentado de nuestra vida, pero al recordar la época de la infancia en que pasábamos el mediodía del jueves tendidos en una cama en compañía de los tres mosqueteros y de los hijos del capitán Grant, permitiéramos que la lectura se deslizara subrepticamente en los intersticios y los desgarrones de nuestra vida adulta.

Lapsos

Podemos clasificar las lecturas según el tiempo que ocupan. Los lapsos vendrían primero. Leemos al esperar,

en la peluquería, en el consultorio del dentista (lectura distraída por el temor); al hacer cola delante del cine, leermos el programa de los cines; en la administración (seguridad social, cheques postales, objetos encontrados, etcétera) mientras esperamos que llamen nuestro número.

Cuando saben que habrá una larga espera a las puertas de un estadio o de la Opera, los futuros espectadores llevan un asiento plegable y un libro.

El cuerpo

Podemos clasificar las lecturas según las funciones corporales:

El alimento: leer mientras se come (ver más atrás). Abrir la correspondencia, desplegar el diario, mientras se toma el desayuno.

El baño: muchos consideran que la lectura durante el baño es un placer supremo. A menudo, sin embargo, la idea es mucho más grata que su realización; la mayoría de las bañeras resultan incómodas y, sin un equipo especial —atril, cojín flotante, toallas y grifos de fácil acceso— y precauciones especiales, leer en el baño es tan incómodo como, por ejemplo, fumar un cigarrillo; he aquí un pequeño problema de la vida cotidiana que los *diseñadores de interiores* deberían tener en cuenta.

Las necesidades naturales: Luis XIV daba audiencia en su silla retrete. Era algo muy corriente en la época. Nuestras sociedades se han vuelto mucho más discretas (cf. *El fantasma de la libertad*). Sin embargo, el retrete sigue siendo un lugar privilegiado para la lectura. Entre el vientre que se alivia y el texto se instaura una relación profunda, algo así como una intensa disponibilidad, una receptividad amplificadas, una felicidad de lectura: un encuentro de lo visceral y lo sensible sobre el cual, a mi juicio, nadie se ha expresado mejor que Joyce: "*Bien instalado en el asiento desplegó el diario y volvió las páginas sobre las rodillas desnudas. Lo nuevo y lo habitual. Nu-*

guna urgencia. Retengamos un poco nuestra noticia sobresaliente. El golpe maestro de Matcham. Por el señor Philip Beaufroy, Círculo de Teatrómanos, Londres, El autor recibió el premio de una guinea por columna. Tres y media. Tres libras tres. Tres libras trece chelines seis.

“Impasible se puso a leer, conteniéndose, la primera columna; luego, cediendo y resistiendo, abordó la segunda. En la mitad de la columna, dejó que sus entrañas se aliviaron a gusto mientras él leía, leía sin prisa. La ligera constipación de ayer, solucionada. No tan grave, espero, como para producir hemorroides. No, justo lo necesario. Eso es. Constipado, una tableta de cáscara sagrada. La vida podía ser así.” (Ulises.)

El sueño: se lee mucho antes de dormir, y a menudo para dormirse, más aun cuando no se concilia el sueño. Hay un gran placer en descubrir, en una casa donde nos invitaron a pasar el fin de semana, libros que no leímos pero que sentíamos deseos de leer, o libros familiares que no leíamos desde hacía mucho tiempo. Nos llevamos una docena al dormitorio, los leemos, los releemos, casi hasta la mañana.

El espacio social

Rara vez se lee durante el trabajo, a menos que el trabajo consista precisamente en leer.

Las amas de casa leen en las plazas mientras miran jugar a los hijos.

Los curiosos vagabundean en las librerías de lance, o van a leer las noticias expuestas en las puertas de las oficinas de los diarios.

Los consumidores leen el diario vespertino mientras toman un aperitivo en la terraza de un café.

Transportes

Se lee mucho al ir o al volver del trabajo. Podríamos clasificar las lecturas según el medio de transporte: el co-

che y el autocar no sirven (leer produce dolor de cabeza); el autobús es más apropiado, pero allí los lectores son más infrecuentes de lo que podríamos pensar, sin duda a causa del espectáculo de la calle.

El lugar donde se lee es en el subterráneo. Eso podría ser casi una definición. Me asombra que el ministro de Cultura o el secretario de Estado encargado de las universidades, aún no haya exclamado: "Basta, señores, basta de reclamar dinero para las bibliotecas: ¡la verdadera biblioteca del pueblo es el subterráneo!" (salva de aplausos en los bancos de la mayoría).

Desde el punto de vista de la lectura, el subterráneo ofrece dos ventajas: la primera es que un trayecto en subterráneo dura un tiempo determinado casi con exactitud (alrededor de un minuto y medio por estación), ello permite regular la lectura: dos páginas, cinco páginas, un capítulo entero, según la longitud del trayecto. La segunda ventaja es la recurrencia bicotidiana y pentasemanal del trayecto. El libro comenzado el lunes por la mañana se terminará el viernes por la tarde. . .

Viajes

Se lee mucho cuando se está de viaje. Incluso se le consagra una literatura especial, llamada literatura de estación. Sobre todo, se lee en los trenes. En los aviones se suele hojear revistas. Los viajes en barco son cada vez más raros. Desde el punto de vista de la lectura, por lo demás, un barco no es sino una *chaise longue* (ver más adelante).

Varios

Leer en vacaciones. Lecturas de veraneantes. Lecturas de agüistas. Lecturas de turistas.

Leer cuando uno está enfermo, en casa, en el hospital, en convalecencia.

Etcétera.

A lo largo de estas páginas, no me interesé en lo que se leía, fuera libro, diario o prospecto. Sólo en el hecho de que se leía, en diversos lugares, en diversos momentos. ¿En qué se transforma el texto, qué permanece de él? ¿Cómo se percibe una novela que se extiende entre las estaciones Montgallet y Jacques-Bonsergent? ¿Cómo se opera esta trituración del texto, este hacerse cargo interrumpido por el cuerpo, por los otros, por el tiempo, por las fricciones de la vida colectiva? Son preguntas que me planteo, y no creo que planteárselas sea inútil para un escritor.

XI

De cuán difícil es imaginar una ciudad ideal

No me gustaría vivir en Norteamérica pero a veces sí

No me gustaría vivir al aire libre pero a veces sí

Me gustaría vivir en el quinto distrito pero a veces no

No me gustaría vivir en un torreón pero a veces sí

No me gustaría vivir con apremios monetarios pero a veces sí

Me gustaría vivir en Francia pero a veces no

Me gustaría vivir en el Artico pero no demasiado tiempo

No me gustaría vivir en una aldehuela pero a veces sí

No me gustaría vivir en Isudún pero a veces sí

No me gustaría vivir en un junco pero a veces sí

No me gustaría vivir en un *ksar* pero a veces sí

Me hubiera gustado ir a la Luna pero es un poco tarde

No me gustaría vivir en un monasterio pero a veces sí

No me gustaría vivir en el “Négresco” pero a veces sí

No me gustaría vivir en Oriente pero a veces sí

Me gusta vivir en París pero a veces no

No me gustaría vivir en Québec pero a veces sí

No me gustaría vivir en un arrecife pero a veces sí

No me gustaría vivir en un submarino pero a veces sí

No me gustaría vivir en una torre pero a veces sí

No me gustaría vivir con Ursula Andress pero a veces sí

Me gustaría vivir para llegar a viejo pero a veces no

No me gustaría vivir en un *wigwam* pero a veces sí

Me gustaría vivir en Xanadú, pero no para siempre

No me gustaría vivir en el Yonne pero a veces sí

No me gustaría que viviéramos todos en Zanzíbar pero a veces sí

XII

Consideraciones sobre las gafas

De la dificultad de hablar sobre las gafas en general y mi caso en particular. A primera vista, si puedo expresarme así, discurrir sobre las gafas parece algo árido y austero, poco propicio a despertar el entusiasmo o la exaltación. En cuanto hayamos dicho que la aparición de estas lentes delicadamente combadas hizo dar a la humanidad un paso gigantesco al permitir que quienes no veían bien vieran mejor o menos mal, parecerá que está dicho todo o casi todo, salvo la ligera evocación del destino fabuloso de aquellos que, sin gafas, tal vez nunca habrían sido lo que fueron, de León X a Goya, de Chardin a Theodore Roosevelt, de Toulouse-Lautrec a Gustav Mahler y de Émile Littré a Harold Lloyd.

Por otra parte —y este segundo punto es sin duda más importante que el primero— bien podría tratarse de un tema ante el cual yo deba declararme incompetente, ignorante y carente de medios. Habiendo gozado hasta hoy de una visión correcta, cuando no penetrante, jamás he usado gafas y mi experiencia en la materia es pues extremadamente reducida, por no decir nula. Sin duda innúmeros pensadores y filósofos han disertado brillantemente a propósito de cosas sobre las cuales, al menos al principio, no tenían ningún conocimiento, pero aun así, pedir a un hombre que nunca usó gafas un ensayo sobre las gafas me parece, en principio, tan problemático como pedir a un

hombre que jamás fue a la China una descripción de la China, o a un conductor de autobús su opinión sobre los triciclos o sobre los bólidos de fórmula 1, o a un vegetariano una celebración del lomo, aunque este último ejemplo está mal escogido, pues es posible que el vegetariano sienta horror por las carnes rojas, mientras que yo no tengo nada personal contra las gafas.

De la serenidad que siento cada vez que abordo un tema semejante. Dichas estas cosas, siento empero un reconfortante sentimiento de bondadosa neutralidad al proponer al lector las consideraciones que siguen. El usuario de gafas estaría tentado de relacionarlo todo consigo, se entusiasmaría, se desorientaría, se perdería en digresiones ociosas y razonamientos inoportunos, atribuiría todas sus dichas y desdichas a la inadecuada curvatura de su córnea o su cristalino, y por cierto terminaría por no saber siquiera dónde guardó sus gafas. En cambio yo puedo enfocar el asunto con placidez, sin pasión ni posición tomada, tan dispuesto a estudiar el caso de los hipermétropes como a examinar el problema de los miopes, con un lúcido distanciamiento que no excluye la simpatía ni la conciencia profesional.

De mi experiencia con las gafas. Aunque yo no uso gafas, como ya he dicho y sin duda deberé repetir, tengo en mi casa varios objetos que se relacionan directamente no con la corrección, sino con la protección, el aumento, y aun la ridiculización de la vista. Se trata, en efecto, de: 1) en lo concerniente a la protección, a) un grueso par de gafas de sol redondas cuya montura imita vagamente el carey, "made in France", que me van muy mal y no me pertenecen, y b) de un par de gafas de esquí, compuesto por una especie de montura de caucho, un sujetador elástico y una placa de mica color amarillo anaranjado unida a la montura por dos botones de presión y reemplazable, según la luminosidad del cielo y el resplandor de los campos de nieve, por otras dos placas de color diferente, hoy extraviadas; estas gafas me sirvieron durante dos días hace cinco

años y sin duda no me servirán nunca más, las encontré por azar al abrir un cajón; 2) en lo concerniente al aumento, a) un pequeño par de binoculares de teatro, de metal negro, de aumento mediocre pero cómodos de usar, y capaces tanto de acercar como de alejar los objetos; los pedí prestados hace unos años en ocasión de una representación de *La Bohème* en la Opera de París (donde actuaban, si no es abuso aclararlo, Pavarotti y Mirella Freni) y hasta ahora he olvidado devolverlos a su legítimo propietario; b) de tres lupas: una lupa monocular de material plástico negro, y una gruesa lupa redonda, rodeada de metal inglés, con mango de cuero y dos virolas finamente trabajadas; me gusta tanto esta lupa que la hice figurar en la tapa de un relato (*Un cabinet d'amateur*) consagrado a la muy minuciosa descripción de un cuadro (en general, me gustan las lupas; tenía una cuarta, un cuentahílos de cobre o latón, pero lamentablemente la perdí); 3) en lo concerniente a la ridiculización, se trata de un par de gafas de utilería cuyos "cristales" son dos ojos caricaturescos dibujados sobre un papel especial, a propósito del cual convendría tal vez hablar de birrefringencia, pues posee la particularidad de hacer aparecer un ojo entornado, o bien un ojo grande abierto, globular, un poco glauco y afectado por un fuerte estrabismo, según movamos más o menos la cabeza; dos pequeños orificios permiten al usuario de estas gafas ver la insoportable exasperación que ellas no tardan en provocar en quienes tiene enfrente.

De lo que ocurre cuando me pongo gafas. De modo momentáneo y, por ser franco, experimental, también tengo un verdadero par de gafas; lo pedí prestado a un amigo que tiene muchas gafas más, grandes, pequeñas, ovaladas, cuadradas, redondas, claras, de color, algunas sin una patilla o sin un cristal, etcétera. Quise, al usarlas, verificar una hipótesis que un oculista no aceptaría sin reservas, pero que intuitivamente me parece verosímil, a saber, que lo que veo cuando me pongo estas gafas se parece a lo que ve quien de veras las necesita cuando no las usa. No sé si

soy claro, pero en todo casi el efecto es interesante e incluso espectacular. La experiencia jamás dura más de dos o tres minutos, pues pronto siento un espantoso dolor de cabeza, pero durante esos instantes puedo experimentar toda una gama de impresiones desconcertantes. Cuando miro un objeto desde muy cerca (por ejemplo, inclinándome a ciertos centímetros de la hoja de papel mientras escribo estas líneas), me parece primero que veo mucho mejor, y con una sensación de alivio del todo inusitada, un poco análoga a la que sentimos con ese divertido instrumento de la física que otrora llamaban estereoscopio; si alzo la cabeza y miro despacio alrededor, todo se vuelve vago, desenfocado, ligeramente nebuloso: el contorno de los objetos se ondula, los volúmenes se achatan, los detalles se borron, y los más ínfimos cabeceos me dan la impresión de que lo que veo se desplaza al mismo tiempo que yo, como si el espacio se volviera inestable e incluso viscoso; pero si tengo la desgracia de levantarme, de mirarme los pies y dar unos pasos, entonces toda la miseria de los mal videntes se me revela en forma dolorosa: mis pies están tan lejos que llego a preguntarme cómo hacen para llevarme y obedecerme; el suelo vacila, las paredes se bambolean. Algo parecido, me digo, debe sentir Fernandel (en una película que, creo, se llama *El enemigo público n° 1*, a menos que fuera *El hombre del impermeable*) cuando, al despertar, totalmente miope, sigue tambaleando las flechas indicadoras de una larga raya negra que va desde su cama hasta la mesita de tocador, donde la noche anterior dejó ordenadamente sus gafas, ejemplo típico de un *gag* que me encanta mucho más por ser absolutamente gratuito, pues la sensatez habría por cierto requerido que él se limitara a guardarlas en el cajón de su mesa de noche. O incluso lo que puede sentir el Pierrot de Raymond Queneau cuando, como asistente del faquir Crouia-Bey, vestido de persa pero con la vista gacha, llega a comprender, al término de un doloroso acomodamiento, lo que dicho faquir hace con los largos alfileres de sombrero

que él le ha entregado escrupulosamente. → *Am.*
De la historia del mundo antes de las gafas. La pintura clásica nos ofrece un sinfín de ejemplos de individuos representados cuando están leyendo o escribiendo. Por ejemplo, por citar sin ton si son, la Virgen de la Anunciación, por Antonello de Mesina, en la Pinacoteca de Munich; el retrato de Paracelso por Rubens, en Bruselas; el retrato del médico Georges de Zelle, por Van Orley, también en Bruselas; el retrato de Christophe Plantin, por Rubens, en el museo Plantin-Moretus de Amberes; los dos retratos de Erasmo de Rotterdam por Hans Holbein el Joven, en Basilea, y por Quentin Meysus, en Roma; el san Yves de Van der Weyden, en Londres; la madre de Rembrandt por Gérard Dou, en Rotterdam; el retrato de un gentilhomme, por Lorenzo Lotto, en Venecia; la joven leyendo una carta, por Jean Raoux, en el Louvre; el profeta Jeremías, por el Maestro de la Anunciación de Aix-en-Provence, en Bruselas, el retrato de Jonathan Swift, por Charles Jervas en la National Portrait Gallery, san Jerónimo en su gabinete de trabajo, por Antonello de Messina, en la National Gallery; o el san Agustín de Carpaccio, en la Scuola di San Giorgio degli Schiavoni de Venecia. Con mayor frecuencia, los individuos retratados alzaban la cabeza al cobrar la pose y miraban el cielo o el rincón. Pero es interesante observar a los que continúan leyendo. El profeta Jeremías parece tener una vista normal; también la joven de Jean Raoux, aunque para leer haya necesitado inclinarse exageradamente hacia una fuente de iluminación; san Yves es posiblemente miope, y la madre de Rembrandt lo es del todo; en cuanto a san Jerónimo, es verdaderamente presbíte.

¿Cómo se hacía antes de que existieran las gafas? Podemos plantearnos esta clase de pregunta a propósito de otros mil objetos de la vida cotidiana (la goma de borrar, las tijeras, la balanza, el reloj de pulsera, la brújula, el imán, el colchón, la plancha, el picaporte, la rueda, los breteles, el cepillo de dientes y las pastas alimenticias,

que, como todos saben, fueron traídas por Marco Polo de la China en 1295). Sólo podemos responder que la gente se las ingeniaba o se las aguantaba, es decir, en el caso que nos ocupa, que pestañeaba, miraba dos o tres veces y comía la sopa con la nariz en el plato. Tal vez tomaban tisanas de vellosilla, planta apodada “gavilana” porque fortalecía la vista del gavilán, pero nada es menos seguro que eso.

De la invención de las gafas. La invención de las gafas se ha atribuido: *a)* a los chinos (por supuesto); *b)* al físico árabe Ibn al-haytham al-Hazin (Abu Alí Muhammad ibn al-hasan, también llamado Alhazán), Al-Hazem, apodado Tolomeo Segundo, nacido en Basora en 965 y muerto en El Cairo en 1039, *c)* a Roger Bacon (1214-1294), apodado el doctor admirable, y que también sería el inventor de la bomba de aire, de la pólvora para cañones y de un proyecto de reforma del calendario; *d)* al físico florentino Salvino degli Armati (1245-1317): sus trabajos sobre el poder y la refracción de la luz le debilitaron mucho la vista cuando todavía era joven; tratando de remediar esta flaqueza, encontró, hacia 1280, dos cristales que, con cierto grado de grosor y curvatura, ampliaban los objetos. Fue pues el inventor de las gafas y quiso guardar este secreto (me pregunto por qué); pero su amigo Alessandro della Spina, dominico del convento de Santa Catalina de Pisa, lo reveló (Dézobry y Bachelet, *Dictionnaire de biographie*); *e)* a Alessandro della Spina (ver más atrás); *f)* e incluso al napolitano J. B. Porta (1540-1615), que también sería inventor de la *camera oscura* y autor de catorce comedias dos tragedias y una tragicomedia.

Eso es mucha gente. Aun así, he simplificado bastante el asunto, pues las lentes convexas (para présbitos) fueron inventadas mucho antes que las cóncavas (para miopes).

De la diversificación de las gafas en el pasado. No hay sólo gafas, o mejor dicho, no las había. También estaban las lentes, los quevedos, los impertinentes, los monóculos, los binóculos, las antiparras y las gafas ahumadas. Es difícil

orientarse. El intento de clasificación sistemática que viene a continuación tiene en cuenta tres criterios: el número de cristales, la naturaleza de los cristales, la ausencia o presencia de patillas.

- 1.1 Un solo cristal, sin patillas: el monóculo.
- 1.2 Un solo cristal, con patillas: la lente de cíclope (rara).
- 2.1 Dos cristales sin patillas.
 - 2.1.1 Para sostener en la mano: los impertinentes.
 - 2.1.2 Apoyados en la nariz: los quevedos, las antiparras y los lentes (los tres términos serían sinónimos; no obstante, nada más que para los quevedos, el *Dictionnaire des mots et des choses* de Larive y Fleury —t. 2, p. 417—, distingue los quevedos comunes, los quevedos japoneses, los quevedos con uñas y los quevedos con separación móvil. Incluso se puede añadir los quevedos correctores y el *fitz-u*).
- 2.2 Dos cristales, con patillas.
 - 2.2.1 Con lentes correctores: las gafas propiamente dichas o antiparras (en rigor, hay varias clases de patillas: patillas temporales, patillas bifurcadas, etcétera, pero ello nos llevaría demasiado lejos).
 - 2.2.2 Los *conserves*, a veces con lentes ahumados, son gafas de présbite que no se atreven a llamarse por su nombre.

Espero que ahora las cosas estén más claras.

De las gafas de hoy. Los impertinentes, quevedos, monóculos, binóculos, antiparras, lentes y *conserves* hoy son sólo accesorios para películas sobre la Belle Époque. En cambio, existe un sinfín de gafas especiales: gafas de peón o de picapiedras (en vez de cristales, tienen pantallas en una fina malla metálica), gafas de mecánico, gafas de soldador (que fueron, al menos para el plan publicitario, las verdaderas estrellas de la película *La confesión*), gafas de motociclista, gafas de esquiador, gafas de buzo submarino,

gafas de alpinista, etcétera, sin olvidar las variedades de gafas para sol.

De las monturas. Una montura está compuesta por dos círculos, una arcada o puente, y dos patillas. La forma de la arcada varía según la configuración de la nariz. A fines del siglo pasado, se distinguían así:

- el puente en X para las narices chatas;
- el puente en K para las narices convexas;
- el puente en C para las narices muy prominentes.

Estos datos me fueron suministrados por el insustituible diccionario de Larive y Fleury, que también aclara que las mejores monturas son de acero, gracias a su resistencia a la deformación, que la plata y el oro sólo se usan por lujo, y que el cuerno y el carey cobran con el tiempo un color sucio y desagradable.

De la vida con gafas. Habría mucho que decir sobre el modo en que las personas viven con sus gafas, cómo transforman en gestos, en hábitos, en códigos, esta carencia, esta borrosidad que un día las obligó a corregir las deficiencias o defectos de la vista con pequeñas prótesis móviles. Un día se encontraron con un par de gafas y toda una serie de gestos se les hizo familiar, se integraron a su vida cotidiana, y cobraron tanta precisión como el modo de hablar, de plegar la servilleta o de leer el diario. Habría que hablar de estos gestos que se realizan muchas veces por día, al calzarse las gafas en la nariz; cómo las alzan, cómo las acomodan, cómo las limpian, cómo las manipulan. En síntesis, habría que dedicar a las gafas el trabajo que Marcel Mauss bosquejó para lo que él denominaba las técnicas del cuerpo (*Sociologie et Anthropologie*, P.U.F., 1950, págs. 363 y sgts.), tratando de describir y comparar el modo en que las personas comen, duermen, se lavan, emplean ciertos utensilios (por ejemplo, durante la guerra del 14, se dio a los soldados ingleses arados de cañón franceses que ellos no sabían utilizar, lo cual obligaba a la intendencia a reemplazar 8000 arados de cañón franceses por 8000 arados de cañón ingleses, y viceversa, cada vez

que una división de uno de estos países iba al frente para relevar a una división del otro), caminan, bailan, saltan, etcétera.

Lamentablemente no tuve tiempo de reunir suficientes datos para que tal estudio resulte eficaz y pertinente. Se habría requerido vivir al menos varios días en compañía de un usuario de gafas y anotar cuidadosamente todo lo que hacía. Aquí puedo proponer, a lo sumo, algunas observaciones elementales y triviales.

Especificidad del empleo: algunos usan gafas durante el día entero, otros en ocasiones bien precisas, para conducir, por ejemplo, o para leer. Un amigo mío notó durante una estadía en Venecia que no llegaba a leer las líneas más pequeñas de su guía cuando visitaba las iglesias, y se hizo fabricar un par de medias lunas cuyos lentes le permiten leer cuando baja los ojos y mirar los cuadros cuando los alza.

Lugar de las gafas: ciertas personas llevan las gafas encima, aunque no las utilicen; se las caizan en la frente o en el pelo, otras, que sin duda tienen constante miedo de perderlas, se las cuelgan del cuello con una cadenilla; otras las guardan cuidadosamente en un estuche *ad hoc*; hay también quienes tienen necesidad de dos pares de gafas, uno para ver de lejos, otro para ver de cerca, y pasan el tiempo cambiándolas, otras parecen haber olvidado constantemente dónde las pusieron y recorren la casa gritando: “¿Dónde están mis gafas?”; otras las guardan siempre en el mismo lugar, en una gaveta de la cómoda, en el borde del lavabo o junto al televisor.

Limpieza de las gafas: Sé poco sobre esta cuestión; sé que existe un papel especial que ciertos ópticos obsequian gentilmente por toda compra de gafas o aun por la mera compra de una montura. Muchas personas, en cambio, parecen valerse de lo que haya a mano cuando sienten necesidad de limpiar las gafas: pañuelo, “kleenex”, servilleta, punta del mantel, etcétera.

Gestos con las gafas, como las gafas tienen fama de dar a

quien las usa un aire severo, ciertas personas se las quitan en señal de bondad; me acuerdo de haber visto a profesores que en un examen hacían ese gesto para tranquilizar a los candidatos aterrorizados ante la idea de tener que hablar sobre las explotaciones agrícolas inglesas o la colonización del Dahomey (por el general Dodds); frotarse la frente con las gafas o mordisquear las patillas son signo de intensa reflexión.

De la moda. La mayoría de los objetos y accesorios de la vida cotidiana son susceptibles de ser marcados, singularizados y sobrevalorados por la firma prestigiosa —el “sello”— de un gran modista.

Las gafas, como las estilográficas, los encendedores, las carteras, las maletas, los llaveros, los zapatos, los guantes, las cigarreras, los relojes de pulsera, los gemelos, etcétera, no han escapado a esta presentación de lujo cuya finalidad, empero, me sigue resultando oscura.

De la publicidad: La publicidad de otros tiempos elogiaba los méritos de los cristales: las gafas estaban hechas para ver mejor. Me acuerdo de los tres últimos versos de un cuarteto publicitario que me parece haber visto durante años en el escaparate de un óptico de la rue de Passy; la imagen representaba a una anciana sonriente y el texto decía:

Las arrugas han trazado surcos en su frente.

Pero sus ojos están protegidos de las marcas de la edad gracias a los cristales STIGMAL de las gafas HORIZON.

También me acuerdo de un cartel donde se veía un rostro de mujer enmarcado por un impresionante casco destinado a examinarle la vista (y también, recuerdo siniestro, del slogan de un célebre óptico que aclaraba, en plena ocupación alemana, que su apellido, pese a ciertas consonantes, no tenía ninguna relación con un apellido judío).

En la actualidad, en términos de moda y mercado, las gafas están menos hechas para ver mejor que para lucirlas mejor, y la publicidad habla sobre todo de las monturas. Es una publicidad que gusta de jugar con las palabras, por ejemplo: “Diga un precio. Veamos”; “La otra mitad está a la vista” (se trata de monturas vendidas a mitad de precio por *outsiders*, como los llaman los profesionales de la óptica).

Del lenguaje. Aunque abundan las expresiones visuales (no tener nada que ver, hacer la vista gorda, estar mal visto, ver la vida color de rosa, verlo todo negro, mirarse de hito en hito, ver bajo su verdadera luz, vérselas con alguien, ver las estrellas, con ojos desorbitados, vérselas venir, comer con los ojos, fulminar con la mirada, etcétera) las metáforas, expresiones y proverbios fundamentados en las gafas son extremadamente raros y, más aún, casi todos han caído en desuso. ¿Se dice todavía “una nariz para llevar gafas” por “una nariz grande”? “Ponerse mejor las gafas” (Regnard) o “calzarse mejor las gafas” (Madame de Sévigné) significaba “prestar más atención”, pero no creo que estas expresiones todavía se usen. Saint-Simon utilizó una vez la expresión “ponerse gafas” por “mostrarse severo”, y Molière, utilizó “ella es para los ojos que llevan gafas” por “ella sólo gusta de los intelectuales”, pero estas imágenes jamás adquirieron popularidad. En cuanto a los proverbios “Cada cual ve con sus gafas” (cada cual ve desde su propio punto de vista) y “Buen día gafas, adiós muchachas” (que Lachatré traduce: “Cuando llega la edad de usar gafas, hay que renunciar a los amoríos”), no creo que se encuentren en ninguna parte salvo en los viejos diccionarios y almanaques donde he ido a buscarlas.

A modo de conclusión. Hay varias cosas que sin duda no haré. Es muy improbable que un día vaya a la Luna, que viaje en submarino o que aprenda chino, saxófono o ergódica, aunque tenga muchas ganas. Tampoco es muy probable que un día me vuelva oficial en actividad, estibador en Valparaíso, apoderado de un gran banco, cajero,

explotador agrícola o presidente de la república.

En cambio, es casi seguro que un día, como al parecer lo hace un tercio de los franceses, llevaré gafas. Mi músculo ciliar, que gobierna las modificaciones de curvatura del cristalino, perderá poco a poco su elasticidad y mis ojos ya no serán capaces de acomodarse. Dicen que eso ocurre en todos los adultos a partir de los 45 años, y yo tengo 44 y medio. . .

XIII

“Pensar/Clasificar”

D) *Sumario*

Sumario - Métodos - Preguntas - Ejercicios de vocabulario - El mundo como rompecabezas - Utopías - Veinte mil leguas de viaje submarino - Razón y pensamiento - Los esquimales - La Exposición Universal - El alfabeto - Las clasificaciones - Las jerarquías - Cómo clasifico - Borges y los chinos - Sei Shônagon - Las inefables alegrías de la enumeración - El libro de los récords - Bajeza e inferioridad - El diccionario - Jean Tardieu - Cómo pienso - Aforismos - “En una red de líneas entrecruzadas” - Varios - ?

A) *Métodos*

Por cierto, durante las diversas etapas de elaboración de este trabajo —notas garrapateadas en libretas o volantes, citas transcritas, “ideas”, ver, cf., etcétera—, acumulé pequeños montones, b minúscula, I MAYUSCULA, en tercer lugar, segunda parte. Luego, como se trataba de reunir estos elementos (era preciso reunirlos porque este “artículo” un día deja al fin de ser un proyecto vago y regularmente postergado para días siguientes menos agitados), se reveló rápidamente que yo jamás llegaría a organizarlos en un discurso.

Es casi como si las imágenes e ideas que había tenido por cauti-cautivantes y promisorias que parecieran al principio, una por una, o aun por pares— se hubieran desplegado de golpe en el espacio imaginario de mis hojas

aún en blanco, tal como fichas (o cruces) que un mediocre jugador de “carro” hubiera distribuido en el cuadriculado sin poner jamás cinco en línea recta.

Esta deficiencia discursiva no obedece sólo a mi pereza (ni a mi torpeza en el juego del carro); se vincula más bien con aquello que precisamente intentaba cernir, o asir, en el tema que me habían propuesto. Como si el interrogante desencadenado por este “PENSAR/CLASIFICAR” hubiera cuestionado lo pensable y lo clasificable de tal manera que mi “pensamiento” no podía reflexionar sino desmenuzándose, dispersándose, regresando sin cesar a la fragmentación que pretendía poner en orden.

Lo que afloraba estaba totalmente del lado de lo borroso, lo flotante, lo fugaz, lo inconcluso, y al fin opté por conservar deliberadamente el carácter vacilante y perplejo de estos fragmentos amorfos, renunciando a fingir que los organizaba en algo que habría tenido, con pleno derecho, el aspecto (y la seducción) de un artículo, con principio, medio y fin.

Tal vez esto sea responder a la pregunta que me formulaban antes de formularla. Tal vez equivalga a no formularla para no responderla. Tal vez sea un uso y abuso de la antigua figura retórica denominada *excusa* donde, en vez de afrontar el problema a resolver, nos contentamos con responder las preguntas con otras preguntas, refugiándonos siempre detrás de una incompetencia más o menos fingida.

Tal vez equivalga también a designar la pregunta como sin respuesta, es decir, remitir el pensamiento a lo impensado que lo funda, lo clasificado a lo inclasificable (lo innombrable, lo indecible) que se obstina en disimular. . .

N) Preguntas

Pensar/clasificar

¿Qué significa la barra de fracción?

¿Qué se me pregunta exactamente? ¿Si pienso antes de clasificar? ¿Si clasifico antes de pensar? ¿Cómo clasifico lo que pienso? ¿Cómo pienso cuando quiero clasificar?

S) *Ejercicios de vocabulario*

¿Cómo clasificar los siguientes verbos: acomodar, agrupar, catalogar, clasificar, disponer, dividir, distribuir, enumerar, etiquetar, jerarquizar, numerar, ordenar, reagrupar, repartir?

Aquí están agrupados en orden alfabético.

Todos estos verbos no pueden ser sinónimos. ¿Por qué necesitaríamos catorce palabras para describir la misma acción? Por ende, son diferentes. ¿Pero cómo diferenciarlos a todos? Algunos se oponen entre sí aunque aludan a una preocupación idéntica; por ejemplo, dividir, que evoca la idea de un conjunto que se debe repartir en elementos distintos, y agrupar, que evoca la idea de elementos distintos que deben reunirse en un conjunto.

Otros sugieren nuevas palabras (por ejemplo: subdividir, asignar, discriminar, caracterizar, marcar, definir, distinguir, contraponer, etcétera), remitiéndonos al balbuceo inicial donde se enuncia penosamente que podemos nombrar lo legible (lo que nuestra actividad mental puede leer, aprehender, comprender).

U) *El mundo como rompecabezas*

Dividimos las plantas en árboles, flores y hortalizas.

STEPHEN LEACOCK

Cuán tentador es el afán de distribuir el mundo entero según un código único: una ley universal regiría el conjunto de los fenómenos: dos hemisferios, cinco continentes, masculino y femenino, animal y vegetal, singular plural, derecha izquierda, cuatro estaciones, cinco sentidos, cinco vocales, siete días, doce meses, veintinueve letras.

Lamentablemente no funciona, nunca funcionó, nunca funcionará.

Lo cual no impedirá que durante mucho tiempo sigamos clasificando los animales por su número impar de dedos o por sus cuernos huecos.

R) Utopías

Todas las utopías son deprimentes porque no dejan lugar para el azar, la diferencia, lo "diverso". Todo está puesto en orden y el orden reina.

Detrás de cada utopía hay siempre un gran diseño taxonómico: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.

E) Veinte mil leguas de viaje submarino

Conseil sabe CLASIFICAR los peces.

Ned Land sabe CAZAR los peces.

Conseil establece el catálogo razonado de los peces que Ned Land examina.

L) Razón y pensamiento

¿Qué relación existe, en rigor, entre la razón y el pensamiento? (al margen de haber sido los títulos de dos revistas filosóficas). Los diccionarios no nos ayudan a responder; por ejemplo, en el *Petit Robert*, pensamiento = todo lo que afecta la conciencia, y razón = la facultad pensante; sería más fácil, a mi juicio, establecer una relación o una diferencia entre ambos términos estudiando los adjetivos con que se pueden adornar: un pensamiento puede ser emocionado, profundo, trivial o libre; la razón también puede ser profunda, pero además social, pura, suprema, inversa, de Estado o del más fuerte.

I) Los esquimales

Afirman que los esquimales no tienen nombre *genérico* para designar el hielo; tienen varias palabras (he olvidado el número exacto, pero creo que son muchas, alrededor de una docena) que designan específicamente los diversos aspectos que cobra el agua entre su estado líquido y sus diversos grados de congelación.

Es difícil, por cierto, encontrar un ejemplo equivalente en francés; tal vez los esquimales sólo tengan una palabra para designar el espacio que separa los iglúes; mientras nosotros tenemos por lo menos siete en nuestras ciudades (calle, avenida, bulevar, plaza, paseo, callejón, callejuela) y los ingleses por lo menos veinte (*street, avenue, crescent, place, road, row, lane, mews, gardens, terrace, yard, square, circus, grove, court, greens, houses, gate, ground, way, drive, walk*), pero nosotros tenemos no obstante un nombre (“arteria”, por ejemplo) que los engloba a todos. Asimismo, si hablamos a un repostero de la cocción del azúcar, nos responderá con razón que no puede comprendernos si no precisamos el grado de cocción requerido (ahumado, cascado, apisonado, etcétera) pero el concepto “cocción del azúcar” estará para él bien establecido.

G) La Exposición Universal

Los objetos expuestos en la gran Exposición Universal de 1900 estaban repartidos en 18 grupos y 121 clases. “Es preciso”, escribía el señor Picard, administrador general de la exposición, “que los objetos se ofrezcan a los visitantes en un orden lógico, que la clasificación responda a un concepto simple, claro y preciso, que lleve en sí mismo su filosofía y su justificación, que la idea madre se deduzca sin esfuerzo”.

Al leer el programa establecido por el señor Picard,

se tiene la impresión de que esta idea madre era una idea estrecha.

Una frívola metáfora justifica el primer lugar acordado a la educación y la enseñanza: “Es por allí que el hombre *entra* en la vida”. Las obras de arte vienen a continuación porque hay que conservarles “su rango de honor”. “Motivos del mismo orden” hacen que los “instrumentos y procedimientos generales de las letras y las artes ocupen” el tercer lugar. En la clase 16 encontramos —y me pregunto por qué— la medicina y la cirugía (chalecos de fuerza de los alienados, lechos de enfermos, muletas y piernas de madera, maletines de médicos militares, materiales de auxilio de la Cruz Roja, aparatos de auxilio para ahogados y asfixiados, aparatos de caucho de la casa Bogner et Burnet, etcétera).

De los grupos 4° a 14°, las categorías se suceden sin que se deduzca con claridad ninguna idea de sistema. Todavía vemos muy bien cómo se ordenan los grupos, 4, 5 y 6 (mecánica; electricidad; ingeniería civil y medios de transporte) y los grupos 7, 8 y 9 [agricultura, horticultura y arboricultura]; bosques, caza y pesca), pero a continuación todo sigue cualquier rumbo:

Grupo 10: alimentos

Grupo 11: minas y metalurgia

Grupo 12: decoración y mobiliario de los edificios públicos y las residencias

Grupo 13: hilos, tejidos, vestimentas

Grupo 14: industria química

El grupo 15° está consagrado, inevitablemente, a todo lo que no halló lugar en los otros catorce, es decir, “industrias varias” (papelería; costura; orfebrería; joyería; relojería; bronce, fundición, herrajes artísticos, metales repujados; fabricación de cepillos, tafiletería, carpintería y cestería, caucho y gutagamba; juguetería.

El grupo 16° (economía social, con el añadido de higiene y asistencia pública) está allí porque la economía social “debía venir *naturalmente* (la bastardilla es mía) a

continuación de las diversas ramas de la producción artística, agrícola e industrial [pues] ella es la resultante de éstas al mismo tiempo que su filosofía”.

El grupo 17° está consagrado a la “colonización”; es un grupo nuevo (respecto de la exposición de 1899) cuya “creación está ampliamente justificada por la necesidad de expansión colonial que sienten todos los pueblos civilizados”.

El último lugar está ocupado simplemente por los ejércitos de tierra y mar.

La distribución de los productos dentro de estos grupos y sus clases depara un sinfín de sorpresas en cuyo detalle es imposible entrar.

T) El alfabeto

Varias veces me he preguntado qué lógica había presidido la distribución de las seis vocales y las veinte consonantes en nuestro alfabeto:* ¿por qué primero la A, y luego la B, y luego la C, etcétera?

La imposibilidad evidente de una respuesta tiene, en principio, algo de tranquilizador: el orden alfabético es arbitrario, inexpresivo, y por ende neutro: objetivamente la A no vale más que la B, el abecé no es un signo de excelencia, sino sólo de comienzo (el abecé del oficio).

Pero sin duda basta con que haya un orden para que el lugar de los elementos en la serie asuma insidiosamente, tarde o temprano, y poco o mucho, un coeficiente cualitativo: así como una película de serie “B” se considera “menos buena” que otra película que, por lo demás, jamás se ha pensado en denominar película de serie “A”; así como un fabricante de cigarrillos que hace imprimir en sus paquetes “Clase A” nos quiere dar a entender que sus cigarrillos son superiores a otros.

*El autor se refiere, desde luego al alfabeto francés [N.T.]

El código cualitativo alfabético no está bien provisto; en verdad, hay sólo tres elementos:

A = excelente

B = menos bueno

Z = nulo (película de serie "Z").

Pero ello no le impide ser un código y superponer en una serie por definición inerte todo un sistema jerárquico.

Por razones muy diferentes, pero no obstante relacionadas con nuestro propósito, notaremos que muchas compañías se esfuerzan, en el título de su razón social, por lograr siglas tales como "AAA", "ABC", "AAAC", etcétera, de manera de figurar entre las primeras en los anuarios profesionales.

En cambio, un estudiante prefiere tener un apellido cuya inicial se sitúe en la mitad del alfabeto: tendrá menos posibilidades de ser interrogado.

C) Las clasificaciones

Hay un vértigo taxonómico. Yo lo siento cada vez que mis ojos ven un índice de la Clasificación Decimal Universal (C. D. U.). No sé por qué sucesión de milagros hemos llegado, en casi todo el mundo, a convenir que:

668.184.2.099

designaría el acabado del jabón de tocador y

629.1.018-465

las alarmas para vehículos sanitarios, mientras que:

621.3.027.23 →

621.436:382

616.24-002.5-084

796.54 → *Camping ?*

913.15

designan respectivamente las tensiones que no sobrepasan los 50 voltios, el comercio exterior de los motores Diesel, la profilaxis de la tuberculosis, el camping y la geografía antigua de la China y del Japón.

O) *Las jerarquías*

Hay ropa interior, ropa exterior y ropa de abrigo, y ello no implica ninguna jerarquía. Pero hay jefes y sub-jefes, subalternos y subordinados, casi nunca hay sobrejefes o superjefes, el único ejemplo que he hallado es “superintendente”, que es una denominación antigua; de manera aun más significativa, en el cuerpo de prefectos hay subprefectos, por encima de los subprefectos hay prefectos, y por encima de los prefectos no hay sobreprefectos ni superprefectos sino, calificados con un acrónimo bárbaro aparentemente escogido para indicar que se trata de peces gordos, “IGAME”*.

A veces incluso el subalterno persiste después que el “alterno” cambió de nombre; en el cuerpo de los bibliotecarios no hay más bibliotecarios, los denominamos “conservadores” y los clasificamos en clases o jerarquías (conservador de segunda clase, de primera clase, de clase excepcional, conservador en jefe); en cambio, en los niveles bajos, seguimos empleando bibliotecarios subalternos.

P) *Cómo clasifico*

Mi problema con las clasificaciones es que no son duraderas; apenas pongo orden, dicho orden caduca.

Como todo el mundo, supongo, tengo a veces un frenesí del ordenamiento; la abundancia de cosas para ordenar, la casi imposibilidad de distribuirlas según criterios verdaderamente satisfactorios, hacen que a veces no termine nunca, que me conforme con ordenamientos provisorios y precarios, apenas más eficaces que la anarquía inicial.

El resultado de todo ello desemboca en categorías realmente extrañas; por ejemplo, una carpeta llena de pa-

*IGAME: sigla correspondiente a “Inspector General de la Administración en Misión Extraordinaria”. [N.T.]

peles varios con la inscripción "PARA CLASIFICAR"; o bien una gaveta etiquetada "URGENTE 1" que no contiene nada (en la gaveta "URGENTE 2" hay unas viejas fotografías, en la gaveta "URGENTE 3", cuadernos nuevos.

En síntesis, me las arreglo.

F) *Borges y los chinos*

"(a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas."

Michel Foucault ha popularizado al extremo esta "clasificación" de los animales que en *Otras inquisiciones* Jorge Luis Borges atribuye a una enciclopedia china que un tal doctor Franz Kuhn habría tenido en sus manos. La abundancia de intermediarios y el célebre gusto de Borges por la erudición ambigua permiten preguntarse si esta heterogeneidad tan inquietante no es ante todo un efecto del arte. Simples extractos de textos administrativos mucho más oficiales bastan para producir una enumeración casi igualmente desconcertante:

A) animales sobre los que se hicieron apuestas, B) animales cuya caza está prohibida desde el 1° de abril hasta el 15 de setiembre, C) ballenas encalladas, D) animales cuya entrada en el territorio nacional está sometida a cuarentena, E) animales en copropiedad, F) animales disecados, G) etcétera, ¹ H) animales que pueden conta-

¹ Este "etcétera" no tiene nada de sorprendente en sí mismo; sólo llama la atención por su lugar en la lista.

giar la lepra, I) perros lazarillos, J) animales beneficiarios de herencias importantes, K) animales que pueden ser transportados en una cabina, L) perros perdidos sin collar, M) asnos, N) yeguas presumiblemente preñadas.

H) *Sei Shônagon*

*Sei Shônagon*² no clasifica; ella enumera y recomienda. Un tema suscita una lista, simples enunciados o anécdotas. Más allá, un tema casi idéntico produce otra lista, y así sucesivamente; así se llega a series que podemos reagrupar, por ejemplo las “cosas” conmovedoras (cosas que hacen palpar el corazón, cosas que a veces oímos con más emoción que de costumbre, cosas que emocionan hondamente o bien, en la serie de las cosas “cosas” desagradables:

- Cosas desoladoras
- Cosas aborrecibles
- Cosas exasperantes
- Cosas molestas
- Cosas penosas
- Cosas que colman de angustia
- Cosas que parecen afligentes
- Cosas desagradables
- Cosas desagradables de ver

Un perro que ladra durante el día, una sala de parto donde el bebé está muerto, un brasero sin fuego, un cochero que detesta al buey, forman parte de las cosas desoladoras; en las cosas aborrecibles encontramos: un bebé que llora en el preciso instante en que deseamos escuchar algo, cuervos que se reúnen y croan al cruzarse en vuelo, y perros que aúllan largamente, al unísono, en tono cre-

² *Sei Shônagon*, *Notes de chevet* [“Notas de cabecera”], Gallimard.

ciente; en las cosas que parecen afligentes: alimentar a un bebé que llora de noche, en las cosas desagradables de ver: el carruaje de un alto dignatario cuyas cortinas interiores parecen sucias.

V) *Las inefables alegrías de la enumeración*

En toda enumeración hay dos tentaciones contradictorias; la primera consiste en el afán de incluirlo TODO; la segunda, en el de olvidar algo; la primera querría cerrar definitivamente la cuestión; la segunda, dejarla abierta; entre lo exhaustivo y lo inconcluso, la enumeración me parece, antes de todo pensamiento (y de toda clasificación), la marca misma de esta necesidad de nombrar y de reunir sin la cual el mundo ("la vida") carecería de referencias para nosotros: hay dos cosas diferentes que sin embargo son un poco parecidas; podemos reunir las en series dentro de las cuales será posible distinguir las.

Hay algo de exultante y de aterrador a la vez en la idea de que nada en el mundo sea tan único como para no poder entrar en una lista. Podemos enumerarlo todo: las ediciones de Tasso, las islas de la costa atlántica, los ingredientes necesarios para hacer una tarta de peras, las reliquias importantes, los sustantivos masculinos con plural femenino (*amours*, "amores"; *délices*, "delicias"; *orgues*, "órganos"), los finalistas de Wimbledon, o bien, aquí arbitrariamente limitados a diez:

1) los patronímicos del cuñado de Bru en *La dimanche de la vie*:

Bolucra
Bulocra
Brelugat
Brolugat
Botugat
Bodrugá
Broduga

Bretoga

Butaga

Bretaga

2) los lugares de los alrededores de Palaiseau:

Les Glaises

Le Pré-poulin

La Fosse-aux-Prêtres

Los Trois-Arpents

Les Joncherettes

Les Clos

Le Parc-d'Ardenay

La Georgerie

Les Sablons

Les Plantes

3) las penurias de Mr Zachary McCaltex:

Aturdido por el perfume de 6000 docenas de

rosas

Se abre el pie con una lata de conserva

Medio devorado por un gato montés

Paramnesia postalcohólica

Sueño incoercible

Se salva de ser atropellado por un camión

Vomita el desayuno

Orzuelo de cinco meses

Insomio

Alopecia

M) El libro de los récords

Las listas precedentes no están ordenadas alfabética, cronológica ni lógicamente; por desgracia la mayoría de las listas de hoy son nóminas de méritos: sólo existen los primeros; hace tiempo que los libros, los discos, las películas y los programas de televisión sólo se tienen en cuenta en función de la taquilla (o el *hitparade*); recientemente, incluso, la revista *Lire* "clasificó el pensamiento", deci-

diendo después de un referéndum quiénes eran los intelectuales que ejercían mayor influencia.

Si debemos inventariar récords, más vale buscarlos en dominios un poco más excéntricos respecto del tema que nos ocupa): el señor David Maund posee 6506 botellas en miniatura; el señor Robert Kaufman 7495 clases de cigarros, el señor Ronald Rose hizo saltar un corcho de champaña a 31 metros; el señor Isao Tsychiya rasuró a 233 personas en una hora y el señor Walter Cavanagh posee 1003 tarjetas de crédito válidas.

X) Bajeza e inferioridad

¿En virtud de qué complejo el Sena y el Charente se convirtieron en “marítimos” para no ser más “inferiores”? Asimismo, los “bajos” Pirineos, convertidos en “atlánticos”, los “bajos” Alpes, convertidos en “Alta Provenza”, y el Loira “inferior”, convertido en “atlántico”. En cambio, y por una razón que se me escapa, el “bajo” Rin nunca se ofuscó por la proximidad del “alto”.

También señalaremos que Marne, Saboya y Viena jamás se sintieron humilladas por la existencia del Alto Marne, la Alta Saboya y la Alta Viena, lo cual debería significar algo en cuanto al papel de lo marcado y lo no marcado en las clasificaciones y las jerarquías.

Q) El diccionario

Poseo uno de los diccionarios más curiosos del mundo: se titula *Manuel biographique ou Dictionnaire historique abrégé des grands hommes depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours* [“Manual biográfico o diccionario histórico abreviado de los grandes hombres desde los tiempos más remotos hasta nuestros días”]; data de 1825 y su editor es nada menos que Roret, el editor de los famosos *Manuels*.

El diccionario consta de dos partes que totalizan 588 páginas; las 288 primeras están consagradas a las 5 primeras letras; la segunda parte (300 páginas), a las otras 21 letras del alfabeto. Las 5 primeras letras ocupan un promedio de 58 páginas cada una, las 21 solamente 14; sé bien que la frecuencia de las letras dista de ser uniforme (en el *Larousse du XXe siècle*, A, B, C y D ocupan por sí solas 2 volúmenes de 6), pero aquí la distribución es verdaderamente desequilibrada. Si la comparamos, por ejemplo, con la *Biographie universelle* de Lalanne (París, Dubochet, 1844), notamos que la letra C ocupa proporcionalmente tres veces más lugar, la A y la E dos veces más, pero en cambio la M, la R, la S, la T y la V ocupan casi dos veces menos.

Sería interesante examinar cómo influyó esta iniquidad sobre las notas: ¿fueron reducidas, y cómo? ¿Fueron suprimidas, y cuáles, y por qué? A título de ejemplo, Antemio, arquitecto del siglo VI a quien se debe (parcialmente) Santa Sofía, ocupa una nota de 31 líneas, mientras que Vitruvio sólo tiene seis; Ana Bolena ocupa también 31 líneas, pero Enrique VIII sólo 19.

B) *Jean Tardieu*

En la década del sesenta se inventó un dispositivo que permite variar continuamente la distancia focal de un objetivo cinematográfico, simulando así (de modo bastante burdo, por lo demás) un efecto de movimiento sin tener que desplazar realmente la cámara. Este dispositivo se llama “zoom”; “zoomer”, el verbo correspondiente en francés, se impuso rápidamente en la profesión, aunque todavía no lo admitan los diccionarios.

No siempre ocurre así: por ejemplo, en la mayoría de los vehículos automotores hay tres pedales, y cada uno de ellos tiene un verbo específico: acelerar, embragar, frenar; pero ningún verbo (por lo que sé) corresponde a la palanca de cambios; hay que decir “cambiar de veloci-

dad”, “poner en tercera”, etcétera. Asimismo hay un verbo para los cordones (acordonar), para los botones (abotonar), pero no lo hay para los cierres de cremallera (o “Relámpago”) mientras que sí lo hay en el inglés-norteamericano (*to zip*).

Los norteamericanos también tienen un verbo que significa “vivir en los suburbios y trabajar en el centro” (*to commute*) pero, al igual que los franceses, no tienen uno que signifique “beber una copa de vino blanco con un camarada borgoñón, en el café Deux-Magots, a las seis, un día de lluvia, hablando de la sinrazón del mundo, sabiendo que uno acaba de ver a su antiguo profesor de química y que al lado una muchacha le dice a su compañera: “¡Le canté las cuarenta, sabes!” (Jean Tardieu, *Petits problèmes et travaux pratiques*”, en *Un mot pour un autre*, París, N.R.F., 1951.)

J) Cómo pienso

¿Cómo pienso cuando pienso? ¿Cómo pienso cuando no pienso? En este preciso instante, ¿cómo pienso cuando pienso en cómo pienso cuando pienso?

“Pensar/clasificar”, por ejemplo, me hace pensar en “pensar/calificar”, o bien en “prensa/fiscal”, e incluso en “plastificar”. ¿Eso se llama “pensar”?

Rara vez se me ocurren pensamientos sobre lo infinitamente pequeño o sobre la nariz de Cleopatra, sobre los agujeros del gruyère o sobre las fuentes nietzscheanas de Maurice Leblanc y Joe Shuster; todo se relaciona más con el garabato, el apunte, el lugar común.

Pero asimismo, ¿cómo, “pensando” (¿reflexionando?) acerca de este trabajo (“PENSAR/CLASIFICAR”), llegué a “pensar” en el juego del carro, en Leacock, en Jules Verne, en los esquimales, en la Exposición de 1900, en los nombres de las calles de Londres, en los *igames*, en Sei Shônagon, en *La dimanche de la vie*, en Antemio y en

Vitruvio? La respuesta a estas preguntas es a veces evidente y a veces totalmente oscura: habría que hablar de titubeos, de olfato, de sospecha, de azar, de encuentros fortuitos o provocados, o fortuitamente provocados: meandros en medio de las palabras; no pienso sino que busco palabras, en el montón debe haber una que precisará esta vaguedad, esta vacilación, esta agitación que más tarde “querrá decir algo”.

Se trata también, y sobre todo, de una cuestión de compaginación, de distorsión, de contorsión, de desvío, de espejo,

por ende, de fórmula, como el párrafo siguiente querría demostrar.

K) Aforismos

Marcel Benabou (*Un aphorisme peut en cacher un autre*, Bibliothèque Oulipienne, n° 13, 1980) concibió una máquina para fabricar aforismos; ella se compone de dos partes: una gramática y un léxico.

La gramática cuenta con cierta cantidad de fórmulas comúnmente utilizadas en la mayor parte de los aforismos; por ejemplo:

A es el camino más corto de B a C

A es la continuación de B por otros medios

Un poco de A nos aleja de B, mucho nos acerca

Los pequeños A hacen los grandes B

A no sería A si no fuera B

La felicidad está en A, no en B

A es una enfermedad cuyo remedio es B

Etcétera.

El léxico enumera pares (o tríos, o cuartetos) de palabras que pueden ser falsos sinónimos (amor/amistad, palabra/lenguaje), antónimos (vida/muerte, forma/fondo, recuerdo/olvido), palabras fonéticamente próximas (fe/ley, amor/humor), palabras agrupadas por el uso (crimen/cas-

tigo, hoz/martillo, ciencia/vida), etcétera.

Si se inyecta el vocabulario en la gramática se produce *ad libitum* un sinfín de aforismos, algunos más con más sentido que otros. De aquí en adelante, un programa de computación elaborado por Paul Braffort produce a pedido una buena docena en pocos segundos:

El recuerdo es una enfermedad cuyo remedio es el olvido

El recuerdo no sería recuerdo si no fuera olvido

Lo que viene por el recuerdo se va por el olvido

Los pequeños olvidos hacen los grandes recuerdos

El recuerdo multiplica nuestras penas, el olvido nuestros placeres

El recuerdo libera del olvido, pero, ¿quién nos librará del recuerdo?

La felicidad está en el olvido, no en el recuerdo

Un poco de olvido nos aleja del recuerdo, mucho nos acerca

El olvido reúne a los hombres, el recuerdo los separa

El recuerdo nos engaña con mayor frecuencia que el olvido

Etcétera.

¿Dónde está el *pensamiento*? ¿En la fórmula? ¿En el léxico? ¿En la operación que los enlaza?

W) “*En una red de líneas entrecruzadas*”

El alfabeto utilizado para “numerar” los diferentes párrafos de este texto respeta el orden de aparición de las letras del alfabeto en la traducción francesa del séptimo relato de *Si una noche de invierno un viajero*. . . de Italo Calvino.

El título de este relato, “Dans un réseau de lignes entrecroisées” [“En una red de líneas entrecruzadas”] contiene este alfabeto hasta su decimotercera letra, la Ò. La primera línea del texto permite ir hasta la letra deci-

mooctava, la M, la segunda da la X, la tercera la Q, la cuarta nada, la quinta la B y la J; las cuatro últimas letras, K, W, Y, Z, se encuentran respectivamente en las líneas 12, 26, 32 y 41 del relato.

De ello se puede deducir que este relato (al menos en la traducción francesa) no es lipogramático; se corroborará asimismo que tres letras del alfabeto así formado están en el mismo lugar que en el alfabeto considerado normal (I, Y y Z).

Y) *Varios*

Clasificación de las interjecciones según un (muy mediocre) diccionario de palabras cruzadas (extractos):

De admiración: EH

De cólera: DIANTRE

De desprecio: BAH

De la cual se sirve el cochero para avanzar: EA

Que expresa el ruido de un cuerpo que cae: PAM

Que expresa el ruido de un golpe: BUM

Que expresa el ruido de una cosa: CRAC, CRIC

Que expresa el ruido de una caída: PUF

Que expresa el grito de las bacantes: EVOHE

Para azuzar a los perros de caza: HALA

Que expresa una esperanza frustrada: NI HABLAR

Que expresa un juramento: DEMONIOS

Que expresa un juramento español: CARAMBA

Que expresa un juramento familiar de Enrique IV:

VOTO A TAL

Que expresa un juramento que expresa la aprobación: CIELOS

Que se emplea para echar a alguien: LARGO

Z) ?

